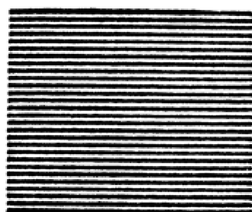
BRUGUERA
BOLSILIBROS
FUTURO

HEROES DEL ESPACIO

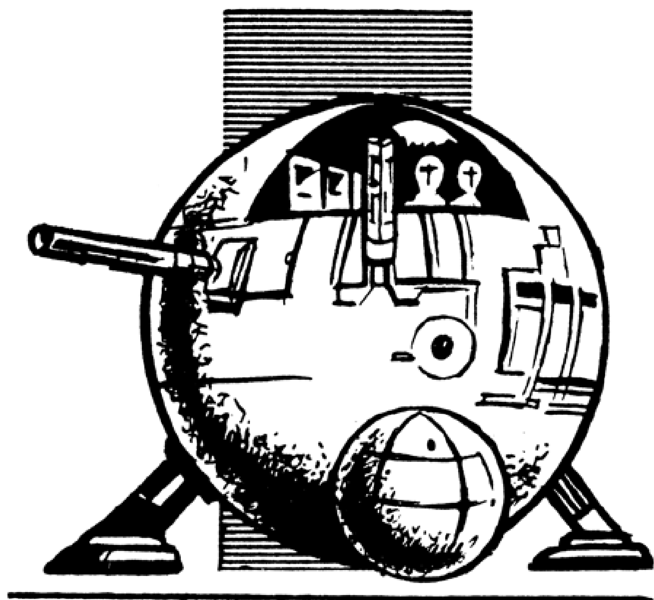
EN BUSCA DE LA PRINCESA TARA

Joseph Berna





héroes del ESPACIO





ENCONTRARÁ OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS COLECCIONES DE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

QUE SE DETALLAN A CONTINUACIÓN

Servicio Secreto
Punto Rojo
Bisonte Serie Roja
Bisonte Serie Azul
Búfalo Serie Azul
Héroes del Espacio
La Conquista del Espacio

JOSEPH BERNA

En busca de la princesa Tara

Colección
HÉROES DEL ESPACIO n.º 237
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRÉS, 5 - BARCELONA

1. ª edición en España: marzo, 1985
1. ª edición en América: septiembre, 1985

Concedidos derechos exclusivos a favor de Editorial Bruguera, S. A.
Camps y Fabrés. 5. 08006 Barcelona (España)

Impreso en España - Printed in Spain
ISBN 84-02-09281-0 / Depósito legal: B. 5.698 – 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Carretera Nacional 152. km 21,650. Parets del Vallès (Barcelona) - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

Año 2465.

La «Meteor-III» tomó tierra en Woro.

Era una nave pequeña, pero moderna y segura, capaz de alcanzar una velocidad fantástica. Pertenecía a Dragan Meteor, un conocido aventurero, que siempre andaba de lío en lío y de peligro en peligro.

Dragan, que contaba treinta años de edad, había utilizado su apellido para bautizar la nave. Y si le había puesto «Meteor-III», es porque era la tercera nave que bautizaba con ese nombre. La «Meteor-I» y la «Meteor-II» habían quedado destruidas.

Pero allí estaba la «Meteor-III», dispuesta a seguir dando guerra y corriendo peligrosas aventuras de planeta en planeta, de galaxia en galaxia.

Woro era un mundo pequeño, pero peligroso, porque en él solían darse cita gentes de todas las calañas. Aventureros, ladrones, malhechores, asesinos...

De todo había.

Especialmente, en el local de Phegor, un tipo sin escrúpulos, capaz de cualquier cosa con tal de ganar dinero. Era uno de los lugares de diversión más populares de Woro, a pesar de todo, por lo que siempre se hallaba muy concurrido.

Y como Dragan Meteor le gustaba la diversión tanto como los líos y las aventuras, había posado su nave a poca distancia del local de Phegor.

No viajaba solo en la «Meteor-III», sino con Stanko, el copiloto, un negro que rozaba los dos metros de estatura, corpulento, musculoso. Tenía treinta y dos años y, al igual que Dragan, amaba la aventura, el peligro y la diversión.

Dragan y Stanko llevaban ya bastante tiempo juntos y se apreciaban mutuamente. Para Dragan, Stanko no era un empleado, sino un amigo y un fiel compañero de aventuras y de juergas.

Alrededor del local de Phegor, ubicado en una vasta planicie de tierra rojiza, se veían varias naves y algunos vehículos voladores de los más variados diseños.

Era de noche ya en aquella cara del planeta, pero el local de Phegor se hallaba bien iluminado exteriormente y sus potentes luces

alumbraban casi toda la planicie.

Dragan y Stanko descendieron de la «Meteor-III» y caminaron hacia el local de diversión. Dragan tampoco era bajo de estatura, puesto que medía algo más de metro ochenta, pero claro, al lado de Stanko... Y lo mismo sucedía con su complexión física, fuerte y atlética. Hubiera destacado junto a cualquier otro hombre, pero, junto al hercúleo negro, su fortaleza pasaba prácticamente inadvertida.

Dragan vestía un traje azul brillante, de una sola pieza, muy ajustado. Calzaba botas plateadas y de su cinto, ancho e igualmente plateado, pendían una pistola de rayos cósmicos y un mando de control remoto, con el que, entre otras cosas, podía abrir y cerrar la puerta de la «Meteor-III».

Stanko vestía un pantalón rojo oscuro, ceñido, una camiseta blanca, y una cazadora dorada. Calzaba botas plateadas, idénticas a las de Dragan, y llevaba también al cinto una pistola de rayos cósmicos y un mando de control remoto.

Desde el exterior se oían los gritos, las exclamaciones y las risas de la gente que llenaba el local de Phegor. Y se escuchaba, también, algún que otro taco.

Dragan Meteor sonrió y dijo:

—Parece que hay animación, Stanko.

—Como siempre —respondió el negro—. Ya sabes que en el local de Phegor se puede encontrar lo mejor... y también lo peor.

—Cuando dijiste «lo mejor», te referías a las mujeres, ¿verdad?

—Por supuesto —sonrió Stanko, mostrando sus blancos dientes—. Las hembras que tiene Phegor en su local, son fabulosas. Y las renueva constantemente.

—Es cierto.

—Seguro que hoy encontramos varias caras nuevas. Dragan.

—Y varios cuerpos nuevos —repuso Meteor, guiñándole el ojo significativamente.

Se echaron a reír los dos.

Habían alcanzado ya el local, así que penetraron en él.

En seguida comprendieron por qué tantos gritos, tantas exclamaciones, tantas risas, y tantas palabrotas. Había dos mujeres peleando en lo alto de aquella especie de «ring» que Phegor tenía instalado en el centro de su local.

Phegor era muy aficionado a las luchas, y casi todas las noches presentaba combates entre hombres, entre mujeres, y mixtos. Y en más de una ocasión había enfrentado también a un hombre con una mujer.

Las peleas entusiasmaban al público, siendo uno de sus espectáculos favoritos, pues, aparte de la emoción propia de la lucha, podían intercambiar apuestas.

Y, cuando intervenían mujeres, el gozo de los espectadores era aún mayor, puesto que las luchadoras eran todas jóvenes y hermosas, y subían al «ring» prácticamente desnudas, ya que sólo llevaban un minúsculo slip brillante.

Dragan y Stanko se detuvieron en la entrada del establecimiento y observaron a las dos mujeres que estaban luchando en lo alto del cuadrilátero, animadas por los clientes, que se apiñaban en torno a él.

Eran dos hembras de campeonato.

Debían de llevar ya algún tiempo zurrándose mutuamente, porque sus desnudos cuerpos brillaban a causa del sudor, lo que las hacía aún más deseables.

La que llevaba el cabello teñido de azul parecía que tenía más posibilidades de ganar, pues peleaba mejor que la otra, la que llevaba el pelo teñido de verde.

A pesar de ello, ésta última se defendía con mucha bravura y suplía su falta de técnica con un enorme coraje digno de elogio, por lo que no estaba del todo claro que su rival se alzara con la victoria.

—Qué dos portentos, ¿eh, Stanko? —dijo Dragan.

—Y que lo digas.

—Creo que ganará la del pelo azul.

—Yo pienso que vencerá la del pelo verde.

—La otra posee una mejor técnica.

—Cierto. Pero la del pelo verde pelea con más ardor. Y el genio es tan importante como la técnica.

—Apuesto diez monedas de oro por la del pelo azul.

—Apuesta aceptada —sonrió el negro, y ofreció su diestra a Dragan, quien se la estrechó, sellando así la apuesta.

Después, se aproximaron al cuadrilátero para presenciar el final de la pelea de cerca.

El árbitro del combate era el propio Phegor, quien en realidad se

subía al «ring» para presenciar la lucha desde más cerca que nadie, pues la verdad es que lo permitía todo.

Las luchadoras podían golpearse mutuamente en cualquier parte del cuerpo, morderse, tirarse del pelo, pellizcarse, meterse los dedos en los ojos...

De todo, vamos.

El caso era ganar.

Justo en el instante en que Dragan y Stanko alcanzaban las proximidades del «ring», la luchadora del pelo verde era espectacularmente volteada por su rival y estampada contra el suelo, protegido por un material esponjoso que amortiguaba en parte la violencia de las caídas.

Los espectadores que habían apostado por la luchadora del pelo azul rugieron de entusiasmo, pensando que aquello podía ser el final del combate.

La luchadora se arrojó sobre su adversaria, sujetándole los brazos contra el suelo con sus rodillas y las piernas con sus manos. Quedó prácticamente a gatas sobre el cuerpo de su rival, inmovilizándola por completo.

La luchadora del pelo verde pugnó por recuperar la libertad de sus brazos y piernas, pero la otra la tenía bien cogida y no pudo zafarse de ella.

Parecía, efectivamente, el final de la pelea.

Phegor inició la cuenta de los segundos de inmovilización entre el griterío del público.

—¡Uno...! ¡Dos...! ¡Tres!

La luchadora del pelo verde, comprendiendo que tenía el combate perdido, no dudó en levantar la cabeza y morder el trasero de su rival, prácticamente desnudo.

La del pelo azul dio un chillido y soltó inmediatamente a su adversaria, para arrancarse los dientes de ésta de su nalga derecha. Al tener las piernas libres, la del pelo verde las proyectó hacia la cabeza de su rival, le aprisionó el cuello con ellas, y la arrancó literalmente de encima de su cuerpo.

La luchadora del pelo azul cayó de espaldas sobre el «ring» y trató de arrancar las piernas de su rival de su cuello, pero no lo consiguió.

La del pelo verde, extendida en el suelo, apretaba más y más con

sus piernas, amenazando con estrangular a su adversaria.

—¡Ríndete! —aconsejó, entre el júbilo de los espectadores que habían apostado por su victoria.

Pero la del pelo azul no quería rendirse y siguió pugnando por librarse de la terrible presa de su rival.

Phegor inició otra vez la cuenta de los segundos de inmovilización, porque, aunque la luchadora del pelo azul podía mover los brazos, las piernas, e incluso el cuerpo, la verdad es que no podía levantarse y eso se consideraba inmovilización.

—¡Uno...! ¡Dos...! ¡Tres!

La luchadora, que no se resignaba a perder, agarró el dedo gordo del pie izquierdo de su adversaria y se lo retorció como si estuviera desenroscando el tapón de una botella.

La del pelo verde aulló de dolor y sus piernas soltaron inmediatamente el cuello de su rival. Esta se levantó, sin dejar de retorcerle el dedo del pie, y la obligó a girar varias veces sobre sí misma por el «ring», entre las risas del público.

—¡Ríndete o te lo arranco! —amenazó la del pelo azul.

La luchadora del pelo verde, que no quería perder su precioso dedito gordo ni seguir sufriendo de aquella manera, dio unas palmadas en el suelo y gritó:

—¡Me rindo, me rindo, me rindo...!

CAPÍTULO II

La luchadora que tenía el cabello azul soltó el dedo de su adversaria y levantó los brazos en señal de triunfo. Lógicamente, al levantar los brazos elevó también sus magníficas protuberancias pectorales, y muchos pares de ojos se clavaron en ellas.

La chica saludó al público así, brazos, en alto, y fue largamente ovacionada. De manera especial, por los que habían apostado por ella.

La luchadora del pelo verde se levantó, ayudada por Phegor, quien le dio unas palmaditas en la desnuda grupa para animarla. La chica no podía apoyar bien el pie izquierdo, porque le dolía mucho el dedo, por lo que se agarró a Phegor.

Dragan Meteor tocó con el codo a su copiloto.

—Me debes diez monedas de oro, Stanko.

—Sí, ha ganado tu luchadora —respondió el negro—. Aunque estuvo a punto de perder, reconócelo.

—Es cierto. Cuando vi que la otra le aprisionaba el cuello con sus piernas... Pero se le ocurrió retorcerle el dedo gordo del pie, y todo cambió.

—Estuvo bastante feo, ¿no?

—Bueno, tampoco fue muy limpio que la del pelo verde le mordiera el trasero a la del pelo azul... —repuso Dragan.

—¡Tienes razón! —rio Stanko—. Hubiera preferido mordérselo yo.

Dragan unió su risa a la del negro.

—Eres un bribón, Stanko.

—Anda, vamos a tomar algo. La primera copa la pago yo, Dragan.

—De acuerdo.

Se iban ya los dos hacia el mostrador, cuando Phegor tomó la palabra desde lo alto del «ring»:

—¡Atención, amigos! ¡Escuchadme todos, por favor!

Los clientes guardaron silencio y miraron al propietario del local, que se había quedado solo en el cuadrilátero, porque las luchadoras lo habían abandonado ya, después de enfundarse sus respectivas batas, cortas y brillantes.

Phegor contaba cuarenta años de edad. Era un tipo grandote, que

tiraba más a grueso que a lo otro. Llevaba el cráneo afeitado y tenía cara de bestia. Vestía un pantalón color plomo y un chaleco negro, brillante. Como no llevaba camisa, podía exhibir sus velludos brazos y buena parte de su tórax, igualmente poblado de vello recio y oscuro.

Lo que sí llevaba Phegor, era una pistola de rayos láser al cinto, porque no se fiaba ni de su sombra. Sabía la clase de hombres que visitaban su establecimiento y sabía, también, que él era igual o peor que ellos, así que tenía que andarse con cuidado.

Naturalmente, Phegor tenía varios empleados en su local y contaba también con su protección. Cuando se armaba algún follón, y solían producirse bastante a menudo, los hombres de Phegor actuaban con rapidez e imponían paz.

Si podían, claro, porque a veces se armaba cada tomate...

Phegor comprobó que los clientes le prestaban la atención requerida por él y habló de nuevo:

—¡Sé que habéis disfrutado con las luchadoras, porque las dos son bravas y hermosas, pero la diversión no ha terminado! ¡Esta noche os tengo preparada una sorpresa muy especial!

Dragan y Stanko, que se habían quedado cerca del «ring» para oír lo que decía Phegor, cambiaron una mirada.

—La copa puede esperar, ¿verdad, Stanko?

—Por supuesto.

Siguieron prestando los dos atención al propietario del local.

Phegor hizo un gesto con el brazo y, a los pocos segundos, subió alguien al cuadrilátero. Se trataba, evidentemente, de un luchador, a juzgar por su estatura y por su complexión física. Se cubría con una bata con capucha, y como ésta le caía sobre la cara, sus rasgos faciales quedaban prácticamente ocultos.

Phegor lo miró y exclamó:

—¡Os presento a Ophir, un luchador sensacional!

El llamado Ophir se retiró la capucha y se despojó de la bata, arrojándola fuera del «ring» de forma brusca. Después, observó al público de manera desafiante.

Los espectadores, impresionados por el aspecto del luchador, no hicieron comentario alguno. Y es que el tal Ophir, aparte de ser más feo que un camelo, poseía un corpachón tremendo.

Debía de pesar ciento treinta kilos, por lo menos.

Sus brazos parecían piernas.

Y sus piernas, troncos de árbol.

Phegor, consciente del impacto que Ophir había causado entre los clientes, dejó oír su bronca risa y dijo:

—Los hay más feos que yo, ¿eh?

Algunos espectadores rieron también.

Ophir, muy serio, siguió amenazándolos a todos con la mirada, sin pronunciar palabra.

Phegor añadió:

—Ophir es un luchador que cuenta sus combates por victorias. Hasta hoy, nadie ha podido vencerle. Por eso me atrevo a ofrecer quinientas monedas de oro como premio por derrotar a Ophir. Si alguno de los presentes tiene agallas suficientes como para subir al «ring» y pelear con él, y consigue vencerle, le entregaré las quinientas monedas de oro.

El silencio más absoluto siguió a las palabras del propietario del local.

—¡He dicho quinientas monedas de oro, muchachos! —repitió Phegor.

Continuó el silencio.

Evidentemente, nadie se atrevía a enfrentarse a un luchador tan impresionante como Ophir, pese a que el premio ofrecido por Phegor era realmente tentador.

Dragan y Stanko volvieron a mirarse.

—La suma vale la pena. Stanko —murmuró el primero.

—Cierto.

—¿Por qué no subes al «ring» y le das una paliza a ese gorila? —sugirió Dragan.

—¿Por qué no subes tú? —repuso el negro.

—El tal Ophir es de tu talla y de tu peso.

—Yo sólo peso ciento cinco kilos.

—De cualquier manera, Ophir es rival para ti, no para mí.

—Pues no me apetece luchar con él.

Dragan sonrió, pero no insistió.

Phegor, en vista de que nadie se decidía a subir al «ring», dobló la oferta:

—¡Mil monedas de oro! ¡Le entregaré mil monedas de oro a quien consiga derrotar a Ophir!

Se escucharon algunos murmullos, pero ninguno de los presentes trepó al cuadrilátero.

—La suma es ahora mucho más tentadora, Stanko —murmuró Dragan.

—En efecto —asintió el copiloto.

—¿Sigue sin apetecerte luchar con ese mastodonte?

—Así es.

—Pues a mí me están entrando ganas.

—Sube al «ring», entonces. Prometo recoger tus pedazos y llevarlos a la «Meteor-III».

—Vaya ánimos que me das.

Stanko emitió una risita.

Phegor, muy atento a todos, exclamó:

—¿Qué pasa? ¿Ni siquiera por mil monedas de oro se atreve nadie a luchar con Ophir...? ¡Os juro que no se come a sus rivales después de derrotarlos! —añadió, riendo.

Ophir se golpeó el pecho con sus enormes puños y soltó un rugido de fiera, lo que le permitió mostrar sus terroríficos dientes.

—¡Por favor, Ophir, no me hagas quedar mal! —pidió Phegor, y volvió a reír.

Ninguno de los presentes rio su chiste, porque quien más y quien menos pensaba que Ophir sí era capaz de comerse a sus rivales después de vapulearlos.

Con aquellos dientes...

Phegor levantó los brazos y dijo:

—Bien, en vista de que mil monedas de oro no son suficientes para ninguno de vosotros, añadiré algo más al premio. No, no serán más monedas, sino algo que vale más que el oro.

Phegor hizo chasquear los dedos de su mano derecha.

A los pocos segundos, una mujer subía al «ring», envuelta en una larga capa brillante. La capa tenía capucha y la chica la llevaba puesta, muy echada hacia adelante, lo que le permitía ocultar casi totalmente su cara.

La mujer sujetaba la capa por dentro, para que no se abriera, así que tampoco podía verse su cuerpo.

Phegor la señaló con su velludo brazo y exclamó:

—¡Os presento a Fulvia, que no es tan fea como Ophir! ¡En seguida lo vais a comprobar!

La chica se quitó la capucha y descubrió su rostro, que era realmente bello. También su pelo, largo, rubio, sedoso, era bellísimo. Cuando se abrió la capa, todo el mundo pudo ver que poseía un cuerpo maravilloso, porque iba prácticamente desnuda.

Sólo llevaba un diminuto slip plateado, que a malas penas cubría su triangulo íntimo. Lo demás, quedó todo expuesto a los ojos de cuantos se hallaban en el local.

Phegor comprobó que los clientes se comían con los ojos a la chica tal y como él esperaba, y añadió:

—¡La hermosa Fulvia formará parte también del premio! ¡Será para el valiente que se atreva a luchar con Ophir y logre vencerle! ¡Y no por una hora o por una noche, sino para siempre! ¡Podrá irse con las mil monedas de oro y con la bella Fulvia, que pasará a ser su esclava, porque le pertenecerá!

Los clientes se quedaron boquiabiertos tras las palabras del propietario del local.

¡Les ofrecía a la hermosa rubia!

¡Y encima mil monedas de oro!

¡Valía la pena intentarlo!

Fue lo que se dijo Dragan.

Y, antes de que alguien se le adelantara, levantó el brazo y exclamó:

—¡Yo lucharé con Ophir, Phegor!

CAPÍTULO III

Todas las miradas se posaron en Dragan Meteor, incluidas la del gigantesco Ophir y la de la bella Fulvia.

El luchador sonrió siniestramente, como diciendo: «Ya tengo a quién despedazar »

La rubia, que seguía con la capa abierta de par en par, exhibiendo su fascinante cuerpo desnudo, sonrió también, aunque ella lo hizo levemente, con pena.

Sí, porque eso era lo que sentía por Dragan; pena, mucha pena.

Ophir lo iba a destrozar.

Fulvia, desde luego, no le daba la menor opción de triunfo a Dragan.

Ninguno de los presentes se la daba, aunque todos se alegraban de que alguien se hubiese decidido a luchar con el dinosaurio de Ophir, porque así tendrían espectáculo.

Y, como de eso se trataba, Phegor se había alegrado más que nadie.

—¡Siempre he dicho que eres un valiente, Meteor! —exclamó.

—¿De veras?

—¡El hombre más audaz que conozco!

—Muchas gracias.

—Me sorprendía, ¿sabes?

—¿El qué?

—Que no te decidieras a luchar con Ophir, pese a haber un premio de mil monedas de oro.

—No voy a luchar por el oro, sino por ella —confesó Dragan, que no apartaba los ojos de la hermosa Fulvia.

Phegor rio.

—Te gusta la chica, ¿eh?

—Mucho.

—¡Pues tuya será, si logras vencer a Ophir!

—Haré lo que pueda.

—¡Vamos, Meteor, sube al «ring»! —apremió Phegor, riendo de nuevo.

Dragan miró a su copiloto.

—¿No me deseas suerte, Stanko?

El negro, visiblemente preocupado, rezongó:

—Estás loco, Dragan.

—Me gusta la chica, ya lo has oído.

—No podrás disfrutar de ella, porque Ophir te va a destripar.

—Ya veremos.

Phegor insistió:

—¡Venga, Meteor! ¿A qué diablos estás esperando?

—¡Voy!

Dragan había dado ya un paseo hacia el cuadrilátero, cuando la mano de Stanko aferró su brazo.

—Espera, Dragan.

—¿Por qué?

—No puedo permitir que te enfrentes a ese elefante de dos piernas —masculló el negro.

—Lo que no puedes, es prohibírmelo.

—Yo lucharé con Ophir.

—¿Qué?

—Es rival para mí, no para ti. Tú mismo lo dijiste.

—Sí, pero tú respondiste que no te apetecía luchar con Ophir.

—He cambiado de idea.

—Me interesa la chica, Stanko.

—No te preocupes por eso. Si venzo a Ophir, yo me quedaré con las mil monedas de oro y tú con la rubia. ¿De acuerdo…?

Dragan sonrió y palmeó la amplia espalda de su copiloto.

—Eres un buen amigo, Stanko.

—Si Ophir me saca las tripas por la boca, encárgate de devolverlas a mi estómago.

Dragan rio.

—Esa bestia no podrá contigo.

—Yo no estoy tan seguro.

Phegor se impacientó:

—¡Eh!, ¿qué estáis hablando?

—Hay cambio de rival, Phegor —hizo saber Stanko.

—¿Qué?

—Seré yo quien luche con Ophir.

—¿Tú…?

—¿Alguna objeción, Phegor?

—¡Oh, no, ninguna!

—Voy para ahí, pues.

Stanko se abrió paso hasta el cuadrilátero, seguido de Dragan.

Cuando lo alcanzaron, el copiloto se desabrochó el cinto y se lo entregó a Meteor.

—Cuida de mis cosas, Dragan.

—Por supuesto.

Stanko se despojó seguidamente de la cazadora y de la camiseta, quedando con el torso desnudo. Después, se sacó las botas y el pantalón, conservando únicamente el breve slip.

Sabía que tenía que luchar así con el animal de Ophir, prácticamente desnudo, porque el luchador estaba igual. Sólo llevaba puesto un escueto slip.

Dragan se hizo cargo de la ropa de Stanko y éste trepó ágilmente al «ring». Sus negros y poderosos músculos llamaron la atención de los presentes, pero, a pesar de ello, nadie apostó por su victoria. Ni siquiera mentalmente.

Todos pensaban que Ophir le propinaría una buena paliza al copiloto de Dragan Meteor, gracias a su mayor corpulencia y fortaleza. Se trataba, además, de un luchador profesional, lo cual desnivelaba aún más la balanza a su favor.

La hermosa Fulvia, que ya se había cerrado la capa, sintió pena también por el gigante negro, pues pensaba como todos. Que el bravo Stanko no podría con el rinoceronte de Ophir y recibiría una tremenda paliza.

Phegor le hizo un gesto y Fulvia descendió del «ring», quedándose junto a él para presenciar la lucha.

Ophir miraba a Stanko con ojos asesinos, para atemorizarle, pero el negro se veía bastante tranquilo, pese a saber que el luchador profesional podría triturarle al menor descuido.

Phegor, situado en el centro del cuadrilátero, entre ambos luchadores, hizo que éstos se saludaran.

Stanko tendió su mano a Ophir, pero éste, en vez de estrechársela, le soltó un zarpazo y emitió un rugido.

—Qué tipo más educado —murmuró el negro.

Phegor rio.

—No hagas caso, Stanko. Es su forma de ser.

—Ya.

—¿Listo, valiente?

—Sí, estoy preparado.

—¡Que empiece el combate! —indicó Phegor, retirándose.

Ophir atacó inmediatamente a Stanko, dando un rugido de león.

Por fortuna, el negro era un tipo ágil, a pesar de su estatura y de su corpulencia, y podía desplazarse con rapidez, lo que le permitió esquivar la primera embestida de su peligroso rival.

Stanko, consciente de que no debía desaprovechar ninguna oportunidad de golpear a Ophir, le soltó un hachazo en la espalda con el canto de su mano derecha.

El luchador profesional emitió un bramido, más de furia que de dolor, y se revolvió, enseñando todos los dientes. Atacó de nuevo a Stanko, tratando de atraparle con sus enormes brazos.

El negro se escabulló otra vez con habilidad, desplazándose en esta ocasión hacia su derecha, y golpeó nuevamente a su rival, ahora con el filo de su mano izquierda,

Ophir rugió al recibir el segundo hachazo en la espalda y se giró de nuevo hacia Stanko, rabioso. Hizo un amago de ataque y su rival «picó», saltando hacia su izquierda.

El luchador profesional saltó a su vez sobre el negro y logró atraparlo con sus brazos de acero. Stanko, antes de que comenzara a triturarle cosas, se dejó caer de espaldas y arrastró consigo a Ophir, al que consiguió catapultar con sus piernas de forma espectacular, por encima de su cabeza.

Ophir se estrelló de espaldas contra el suelo y sus ciento treinta y tantos kilos de peso hicieron temblar el «ring».

—¡Bravo, Stanko! —exclamó Dragan, jubiloso, porque su copiloto estaba peleando con inteligencia y eficacia.

Phegor, en cambio, frunció el ceño.

Era pronto, todavía, pero no le gustaba el cariz que estaba tomando el combate. La mayor agilidad de Stanko podía crearle serios problemas a Ophir. Se los estaba creando ya.

Y Fulvia parecía alegrarse de que así fuera, puesto que sus preciosos labios habían dibujado una sonrisa tras la espectacular caída del luchador profesional.

Dragan se dio cuenta de ello y adivinó que la belleza rubia deseaba que Ophir fuera derrotado por Stanko, para ser entregada a éste y poder abandonar el local de Phegor, que no parecía gustarle nada.

Y era comprensible que no le gustara.

Stanko, tras voltear a Ophir, se puso rápidamente en pie y esperó a que el luchador se incorporara. Cuando lo hizo, le propinó un duro golpe en la región renal, antes de que acabara de erguirse, y después le pasó el brazo derecho por el cuello.

Con la ayuda de su brazo izquierdo, comenzó a apretar con fuerza el gaznate de Ophir y le cortó la respiración.

—¡Ríndete, Ophir! —aconsejó Stanko.

Phegor palideció.

¡El negro parecía tener dominado a Ophir!

¡Podía ganar el combate!

¡Tendría que entregarle las mil monedas de oro y a la bella Fulvia!

Pero no.

Ophir reaccionó y consiguió clavar su codo derecho en el hígado de su rival, con tanta dureza, que Stanko se vio obligado a soltarle el cuello.

El negro se encogió, dando un rugido de dolor, y se agarró la zona castigada. Ophir se volvió con rapidez y le asestó un tremendo rodillazo en el pecho.

Stanko cayó de espaldas.

Y, antes de que pudiera levantarse, Ophir se arrojó sobre él, emitiendo un bramido de triunfo.

CAPÍTULO IV

Stanko vio que aquella mole de carne, huesos y músculos que era el luchador profesional se le venía encima y encogió velozmente las piernas, para recibirlo con ellas.

Lo consiguió y después las desencogió con fuerza, despidiendo violentamente a Ophir, quien dio varias vueltas por el «ring» y estuvo a punto de caerse de él.

Dragan Meteor lanzó un suspiro de alivio al ver que su copiloto lograba superar la difícil situación.

—¡Uf!, menos mal que ese hipopótamo de Ophir no llegó a caerle encima... —murmuró.

Stanko se incorporó, agarrándose todavía la zona del hígado, porque le seguía doliendo. No obstante, fue hacia su rival, que ya se estaba irguiendo también.

La cólera de Ophir era evidente.

Stanko le propinó un golpe en la cara, con su antebrazo izquierdo, antes de que estuviera totalmente erguido. El luchador se fue contra las cuerdas que cercaban el cuadrilátero y, como las tenía muy cerca, rebotó en ellas.

El copiloto le golpeó de nuevo, ahora en el estómago y con el puño derecho, obligándolo a doblarse. Entonces, entrelazó sus manos y las descargó sobre el cuello de su rival.

Ophir emitió un relincho de dolor y cayó de rodillas.

Stanko no dudó en utilizar una de las suyas.

El rodillazo, terrible, afeó aún más la cara del luchador profesional, quien cayó hacia atrás, aullando de forma ensordecedora.

Por un instante, Ophir quedó echado de bruces en el «ring».

Stanko se dijo que no debía desaprovechar la oportunidad de hacerle una buena presa al luchador y saltó sobre él. Le clavó la rodilla derecha en el espinazo, le agarró ambos brazos y se los pegó al cuerpo, con mucha rapidez, para acto seguido levantarlos con brusquedad.

Los poderosos hombros de Ophir crujieron, amenazando con romperse, pero el ruido quedó ahogado por el alarido que emitió el luchador.

Y es que no sólo sentía dolor en los hombros. También lo sentía en el espinazo, presionado por la rodilla de Stanko.

—¡Ríndete, Ophir, o te rompo los brazos! —amenazó el negro.

El luchador hizo todo lo posible por escapar de la dolorosa presa que le había hecho su rival, pero éste lo tenía bien agarrado y sólo consiguió aumentar su sufrimiento.

Stanko le levantó un poco más los brazos y los hombros de Ophir crujieron de nuevo. Al propio tiempo, la rodilla del copiloto presionaba con más fuerza la espalda del luchador.

El aullido de Ophir dañó algunos tímpanos.

—¡Estás perdido, amigo! —aseguró Stanko—. ¡Entrégate o tus hombros y tu espinazo acabarán destrozados!

Ophir no pudo resistir tanto dolor y chilló:

—¡Me rindo...!

* * *

Phegor estaba pálido.

Evidentemente, no esperaba que Ophir fuera vencido por ninguno de los presentes, porque de lo contrario no hubiera ofrecido mil monedas de oro y a la hermosa Fulvia como premio.

Sin embargo, Stanko ya demostró desde el principio que iba a ser un rival difícil para el luchador profesional, porque él también sabía pelear y además poseía una mayor agilidad que Ophir.

Y había hecho valer sus cualidades, derrotando brillantemente a un adversario tan peligroso como Ophir, quien ya no podría alardear de contar sus combates por victorias.

Stanko ya había soltado los brazos de Ophir y retirado su rodilla de la espalda del luchador, pero éste seguía echado de bruces en el suelo, roto de dolor.

Cómo sería su sufrimiento, que mordía una y otra vez el material esponjoso que cubría el «ring», sollozando como una mujer.

Dragan Meteor trepó al cuadrilátero con las cosas de su copiloto.

—¡Has estado magnífico, Stanko!

—Gracias —sonrió el negro, masajeándose la zona del hígado.

—¡Sabía que vencerías a Ophir!

—No ha sido fácil, Dragan.

—¡Anda, vístete, campeón!

Stanko empezó a ponerse sus cosas.

Fulvia subió también al «ring», sin esperar a que Phegor se lo indicase, y se acercó a Stanko y Dragan. Le dio un beso en la mejilla al copiloto y dijo:

—Te pertenezco, Stanko.

—No, le perteneces a él —respondió el negro, señalando a Dragan.

—¿Cómo?

—Dragan iba a luchar por ti, ¿recuerdas?

—Sí, pero luchaste tú.

—Porque le prometí que, si vencía a Ophir, tú serias para él y las mil monedas de oro serían para mí. De no haber sido así, no me habría permitido subir al «ring» y hubiera luchado él con Ophir —explicó el copiloto.

Fulvia miró a Dragan.

—Soy tuya, entonces...

—Eso parece.

—Te obedeceré en todo, Dragan, pero sácame de este maldito lugar —pidió, en tono bajo, para que no la oyera Phegor.

—¿Qué es lo que temes, preciosa?

—Muchas cosas.

Dragan le cogió la barbilla.

—Estando con nosotros, no te sucederá nada malo —aseguró, antes de besarla en los labios.

El rostro de Phegor sufrió una leve contracción.

Estaba conteniendo a duras penas su rabia.

Los clientes, por su parte, envidiaban a Dragan porque había conseguido a la bella Fulvia. Pero también envidiaban a Stanko, porque iba a embolsarse nada menos que mil monedas de oro.

Y más de uno empezó a pensar en la manera de arrebatarle al gigante de ébano todo ese oro.

Y más de uno, también, comenzó a pensar en la forma de arrebatarle a Dragan Meteor la hermosa rubia.

Quizá era eso lo que Fulvia temía.

Stanko se había vestido ya y, mientras se colocaba el cinto, miró al propietario del local y dijo:

—Me debes mil monedas de oro, Phegor.

Este apretó los dientes.
—No es necesario que me lo recuerdes, Stanko.
—¿Cuándo me las vas a entregar?
—Te espero en mi despacho dentro de quince minutos.
—Bien.
Phegor descendió del «ring», en donde continuaba Ophir, echado de bruces, mordiendo el suelo. No podía mover los brazos. Cuando lo intentaba, el dolor que sentía en los hombros se acentuaba considerablemente.
Y lo mismo ocurría con su espalda.
Fulvia, en cuanto Phegor se bajó del «ring», advirtió:
—No acudas al despacho de Phegor, Stanko.
—¿Por qué?
—Caerás en una trampa.
—¿Tú crees...?
—Phegor no tiene intención de entregarte las mil monedas de oro, estoy segura. Y hará todo lo posible para que yo no abandone su local.

CAPÍTULO V

Tras las palabras de la hermosa Fulvia, Dragan Meteor intercambió una mirada con su copiloto.

—Creo que Fulvia está en lo cierto, Stanko. Phegor es de los que juegan pocas veces limpio. Y mil monedas de oro, son muchas monedas de oro. No querrá desprenderse de ellas.

—Pues me las entregará, por las buenas o por las malas —masculló el negro—. Las gané en buena lid, así que me pertenecen. Y también tenemos derecho a llevarnos a Fulvia.

—Estoy de acuerdo. Acudiremos juntos al despacho de Phegor y le obligaremos a soltar las mil monedas de oro. Y si sus hombres tratan de impedirlo, lo lamentarán.

—Seguro.

Fulvia se puso nerviosa.

—Caeréis los dos en la trampa, Dragan.

—Stanko y yo sabemos salir de apuros, no te preocupes.

—Phegor dispone de bastantes hombres.

—Lo sabemos.

—¿Y no os preocupa...?

—En absoluto.

—Como Dragan ha dicho, estamos acostumbrados a superar situaciones difíciles —añadió Stanko.

—Tú querrás ponerte algo y recoger tus cosas, ¿no, Fulvia? —preguntó Dragan.

—Con tal de salir de aquí, estoy dispuesta a abandonar el local tal como voy, sin llevarme nada —respondió la rubia.

Dragan sonrió.

—Stanko y yo te protegeremos mientras te vistes y recoges lo que desees llevarte, no temas.

—De acuerdo —suspiró Fulvia.

—Vamos, no hay tiempo que perder —apremió Stanko—. Phegor dijo quince minutos.

Descendieron los tres del «ring», dejando solo a Ophir.

En torno al cuadrilátero ya no había tanta gente, pues algunos clientes se habían dispersado por el local. Sin embargo, las miradas de todos seguían posadas en Dragan, Fulvia y Stanko.

Fulvia se dirigió a su cuarto, flanqueada por Dragan y Stanko. Mantenía la capa cerrada, para no exhibir de nuevo sus encantos. Alcanzaron el cuarto y la rubia dijo:

—Aquí están mis cosas.

Dragan abrió la puerta, comprobó que no había nadie en el cuarto, e indicó:

—Entra y vístete. Nosotros no nos moveremos de la puerta.

—Bien.

—Y no te entretengas, por favor —rogó Stanko,

—Descuidad.

Fulvia entró en su cuarto y cerró la puerta.

A los pocos segundos, apareció una de las luchadoras que peleaban en el «ring» cuando Dragan y Stanko penetraran en el local. Era la del cabello azul, la que resultara victoriosa después de recibir un doloroso mordisco en su nalga derecha.

La chica se había cambiado y ahora lucía un breve chaleco rojo, sujeto con una delgada cadenilla dorada, y unos atrevidos «shorts» brillantes. Calzaba botas cortas.

Dragan y Stanko clavaron sus ojos en ella.

La luchadora se acercó, sonriente.

—Hola, muchachos.

—¿Qué tal, preciosidad? —respondió Dragan.

—Me llamo Gela.

—Mi nombres es Dragan. Y el de mi compañero, Stanko.

—Lo sé.

—¿Cómo es eso?

—Presencié la lucha.

—¿Ah, sí?

—Eres un gran luchador, Stanko.

—Muy amable —sonrió el copiloto.

—La verdad, no creí que pudieras con ese mamut de Ophir. Pero le diste toda una lección.

—Tú también eres una gran luchadora, Gela —repuso Stanko—. La del pelo verde te lo puso muy difícil, pero al final lograste la victoria.

—Sí, Katja es una luchadora muy corajuda —sonrió Gela—. No es fácil doblegarla.

—Yo aposté diez monedas de oro por ti —dijo Dragan.

—¿De veras?
—Sí, pero no te diré con quién.
Stanko tosió, lo que permitió a la luchadora adivinar que Dragan había hecho la apuesta con él.
—Así que tu favorita era Katja, ¿eh, Stanko? —dijo Gela, con una sonrisa.
—Bueno, no exactamente —carraspeó el negro—. Lo que pasa es que Dragan eligió primero y...
—Entiendo.
—Stanko ha dicho la verdad —corroboró Dragan—. Apostó por Katja para llevarme la contraria, pero en el fondo deseaba que ganaras tú la pelea. Y prueba de ello es que no le gustó que Katja te mordiera el trasero. ¿Sabes lo que dijo...?
—No.
—¡Que hubiera preferido mordértelo él!
Stanko le arreó con el codo.
—¡Eres un bocazas, Dragan!
Meteor se agarró el costado, riendo.
Gela, que también reía, dijo:
—Así que eres un poco caníbal, ¿eh, moreno?
—No es verdad.
—Hagamos un trato, Stanko. Tú me sacas de Woro, y yo te dejo que me muerdas lo que quieras.
—¿También tú quieres abandonar el planeta...?
—Sí, no deseo seguir aquí, en el local de Phegor. Me obliga a hacer cosas que no me gustan. Quiero escapar, pero yo sola no puedo hacerlo. Necesito vuestra ayuda.
—Cuenta con ella, Gela —respondió Dragan.
—Gracias.
—Si tienes que recoger algo, hazlo en seguida —dijo Stanko—. Nos largaremos dentro de unos minutos.
—Ya lo tengo todo metido en una bolsa. ¡Voy por ella!
La luchadora se alejó, corriendo.
Dragan posó su mano en el hombro del copiloto.
—Ya tienes mujer, Stanko.
—¡Y qué mujer!
Rieron los dos.
Casi al momento. Fulvia salía de su cuarto con una bolsa en la

mano.

—Estoy lista, muchachos.

Dragan y Stanko la observaron de arriba abajo.

Fulvia se había colocado un pantalón color naranja, brillante, ajustadísimo, y muy bajo de cintura, lo que le permitía exhibir casi todo su vientre. La miniblusa le cubría los senos y poco más, así que también su estómago quedaba al descubierto. Para adornar su desnuda cintura, se había puesto una fina cadena de oro.

Como Dragan y Stanko no hablaban ni se movían, la rubia preguntó:

—¿A qué esperamos, muchachos?

—Esperamos a Gela —respondió Dragan.

—¿Gela...?

—Sí, la luchadora del pelo azul. Quiere venir con nosotros.

Justo en aquel momento, regresaba Gela con su bolsa.

—Podemos irnos, muchachos.

—En marcha —indicó Dragan.

Se dirigieron los cuatro al despacho de Phegor.

Antes de llamar a la puerta, Dragan preguntó:

—¿Preferís quedaros aquí, en el corredor, o entrar con nosotros?

Fulvia, pese a intuir que Phegor les había preparado una trampa, respondió:

—Yo no quiero separarme de vosotros. Dragan.

—También yo prefiero entrar —habló Gela—. Así, si hay jaleo, os podré echar una mano.

—De acuerdo —sonrió Dragan, y llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Phegor, desde el interior.

—¡Dragan y Stanko!

—¡Adelante!

Dragan abrió la puerta y entró en el despacho, seguido de Stanko, Fulvia y Gela.

Phegor, que estaba sentado en su sillón, al otro lado de la mesa, clavó sus ojos en la luchadora.

—¿Qué diablos haces tú con ellos, Gela...? —exclamó sorprendido.

—Me largo, Phegor.

—¿Que te largas...?

—Eso he dicho.

—¡No puedes marcharte, Gela! —rugió Phegor, saltando del sillón.

—Lo siento, pero hice un trato con Stanko y no pienso volverme atrás.

—¿Qué clase de trato?

—No pienso decírtelo, Phegor.

El propietario del local miró fieramente a Stanko y masculló:

—Le has ofrecido dinero, ¿eh?

—Ni una sola moneda.

—¡No te creo, maldito!

Dragan intervino:

—Es la verdad, Phegor. Gela viene con nosotros por su propia voluntad. No la hemos comprado.

—¡Sois un par de embusteros!

Stanko se acercó a la mesa.

—Las mil monedas de oro, Phegor —exigió.

—¡En ese saco están! —ladró el dueño del establecimiento, señalándolo.

El saco estaba sobre la mesa.

Stanko lo abrió y comprobó que estaba lleno de monedas de oro.

—¿No falta ninguna…?

—¡Cuéntalas, maldito sea! —rugió Phegor.

—No tengo tiempo —sonrió el negro, cerrado el saco y cargando con él.

En aquel preciso instante, la puerta se abría y varios hombres entraban en el despacho, esgrimiendo objetos contundentes.

CAPÍTULO VI

Eran exactamente seis.

Seis hombres altos y fornidos, expertos en el reparto de golpes.

Phegor sonrió con amplitud al verlos entrar y dijo:

—Puedes dejar el saco donde estaba, Stanko. No te vas a llevar las mil monedas de oro. Y tú tampoco te vas a llevar a Fulvia, Meteor. Ella y Gela se quedan conmigo.

Dragan, después de echar una ojeada a la media docena de hombres armados con objetos de lucha, rezongó:

—Eres un cerdo, Phegor. Nunca juegas limpio.

—Sólo cuando me conviene.

—Rata asquerosa… —mascullé Stanko.

—Si dejáis el oro y os largáis sumisamente, sin las chicas, mis hombres no os atacarán, os doy mi palabra.

—¿Y quién se fía de la palabra de un puerco como tú? —replicó Dragan.

—Dejaos de insultos y seguid mi consejo. Si ofrecéis resistencia, mis hombres os molerán a golpes y luego os echarán del local, por lo que tampoco conseguiréis el oro ni las chicas. Es mejor que os marchéis por las buenas, creedme.

Dragan y Stanko cambiaron una mirada.

—¿Tú qué dices, Stanko?

—Yo quiero el oro, Dragan.

—Y yo, a Fulvia.

—Y yo insisto en acompañaros —dijo Gela.

Phegor apretó las mandíbulas.

—¿Es vuestra última palabra?

—Sí —respondió Dragan.

—¡A ellos, muchachos! —ordenó Phegor—. ¡Y atizadles duro!

Los seis hombres se lanzaron sobre Dragan y Stanko, olvidándose en principio de las mujeres, pues pensaban que ellas no iban a intervenir en la lucha.

Pero se equivocaron.

Fulvia y Gela querían ayudar a Dragan y Stanko, y no dudaron en atacar a los hombres de Phegor. Fulvia levantó su bolsa y se la estrelló en la cara a uno de los tipos, derribándolo. Gela, más experta

en la lucha, golpeó a otro de los hombres en el cuello, con la mano abierta, y lo hizo caer también.

Dragan, que tenía muchas ganas de entrar en acción, burló hábilmente el contundente objeto que empuñaba el tipo que le atacó y acto seguido le soltó un trallazo con la derecha, mandándolo al suelo.

Inmediatamente después, Dragan tuvo que saltar de lado para esquivar el ataque de otro de los individuos. El fulano esgrimía una barra de níquel, pero la soltó cuando el puño zurdo de Dragan se estrelló en su sien.

El tipo se derrumbó en el acto, aturdido.

Stanko, por su parte, había golpeado a uno de los sujetos con el saco de monedas de oro. Se lo estrelló en el pecho, y como el saco pesaba varios kilos, le hundió tres o cuatro costillas.

El individuo se vino abajo, aullando de dolor.

Phegor escupió una soez maldición al ver a los seis hombres en el suelo.

—¡Arriba, estúpidos!

Los tipos se incorporaron, tan rabiosos como su jefe, pero Dragan, Stanko, Fulvia y Gela no esperaron a ser atacados esta vez, sino que tomaron la iniciativa.

Fulvia le atizó una patada en el pecho al fulano que antes derribara de un bolsazo en la cara. El tipo, que todavía se estaba irguiendo, dio un rugido y se llevó las manos al tórax, al tiempo que se encogía.

Y fue entonces cuando la bolsa de Fulvia cayó de nuevo sobre él, esta vez en su cabeza, obligándole a besar el suelo.

Gela disparó la pierna y alcanzó en el bajo vientre al mismo individuo que golpeara antes. El tipo aulló y cayó de rodillas, agarrándose lo que tenía de varón.

La luchadora utilizó también su bolsa como arma ofensiva y se la estrelló en la testa al fulano, quien se apresuró a besar el suelo, como el tipo agredido por Fulvia.

Dragan y Stanko dieron buena cuenta también de los otros cuatro hombres, atizándoles sin miramientos, porque no los podían tener con ellos ni con su jefe, que en aquel momento se integraba a la lucha.

Y es que Phegor se decía que, si no echaba una mano a sus

hombres, éstos no podrían dominar a Dragan, Stanko, y las chicas. Estaban teniendo demasiados problemas.

Fue Dragan quien hizo frente a Phegor.

—¡Contigo me las quería yo ver, gusano! —dijo.

Phegor soltó el puño, pero sólo golpeó el vacío, porque Dragan apartó la cara a tiempo y respondió con un zurdazo a la mandíbula del propietario del local.

Phegor se fue para atrás, pero no perdió el equilibrio.

Dragan lo alcanzó de un salto y le hundió el puño en el estómago, arrancándole un relincho de dolor. Y, cuando Phegor se dobló, agarrándose las tripas, le golpeó en las orejas, con las palmas de las manos, y lo dejó momentáneamente sordo.

Phegor aulló, porque tuvo la sensación de que su cabeza reventaba como una sandía. Se olvidó de las tripas y se agarró los apéndices auriculares.

Dragan le sacudió con la derecha, en el mentón, y lo tiró al suelo.

Apenas un segundo después, uno de los hombres de Phegor caía sobre su espalda, pero Dragan reaccionó con rapidez y le agarró la cabeza, volteándolo por encima de la suya.

El tipo cayó encima de Phegor.

Dragan se volvió e hizo frente a otro individuo, derribándolo con un par de duros puñetazos.

Stanko también sacudía golpes a destajo, siendo bien secundado por Gela y Fulvia, que tampoco se cansaban de repartir golpes.

Tres de los hombres de Phegor habían perdido el conocimiento y los otros tres estaban ya muy castigados, por lo que podía decirse que tenían perdida la pelea.

Phegor lo comprendió así y no dudó en empuñar su pistola de rayos láser, sin levantarse del suelo.

Fulvia lo vio y gritó:

—¡Cuidado con Phegor…!

Dragan y Stanko se volvieron en el acto, descubriendo la acción del dueño del local. Dragan desenfundó velozmente su pistola de rayos cósmicos, pero no llegó a disparar.

Stanko le había arrojado a Phegor el saco que contenía las mil monedas de oro, alcanzándole de lleno en la cara. La afeitada cabeza del tipo se fue para abajo y chocó violentamente contra el suelo.

Phegor perdió el sentido y la pistola de rayos láser escapó de su

mano sin haber sido utilizada.

—Magnifico lanzamiento, Stanko —dijo Dragan.

—Gracias —respondió el copiloto, apresurándose a recuperar el saco de oro.

—Duerme de paso al otro —indicó Dragan.

—Entendido —contestó el negro, y le atizó un patadón en la quijada al tipo que Dragan volteara por encima de su cabeza y lanzara sobre Phegor.

El individuo quedó inconsciente.

Gela y Fulvia se encargaron de dormir a los otros dos y la pelea concluyó.

—Bien por las chicas —sonrió Stanko, que ya tenía nuevamente el saco de oro en las manos.

—Larguémonos de aquí —dijo Dragan, enfundando su arma.

Salieron los cuatro del despacho de Phegor.

Lo hicieron con precaución, por si había más hombres en el corredor, pero no era así. El corredor estaba totalmente despejado y lo cruzaron sin problemas.

Cuando salieron de él, las miradas de los clientes volvieron a posarse en ellos. En el saco que portaba Stanko en su mano izquierda, más concretamente.

Se adivinaba que allí viajaban las mil monedas de oro que el negro había obtenido por derrotar al elefantiásico Ophir, y muchos pares de ojos brillaron codiciosamente.

A todos les sorprendió que Gela se hubiese unido a Dragan, Stanko y Fulvia, pero no hubo comentarios al respecto.

Sólo silencio.

Y envidia, mucha envidia.

Dragan y Stanko, conscientes de la calaña de los clientes del local de Phegor, caminaban con todos los sentidos en alerta, pues no descartaban la posibilidad de que alguno intentase arrebatarles las mil monedas de oro.

Tampoco la descartaban Fulvia y Gela, así que también ellas vigilaban a todo el mundo, prestas a advertir a Dragan y Stanko si alguien realizaba el menor movimiento sospechoso.

De pronto, los dos empleados de Phegor que atendían el mostrador empuñaron sendos fusiles de rayos láser, dispuestos a impedir que Dragan y Stanko abandonasen el local con las chicas y el

oro.

Gela los descubrió y gritó:

—¡Atención al mostrador!

Dragan y Stanko ya estaban desenfundando sus armas, porque habían visto también el movimiento de los empleados de Phegor. Lograron anticiparse en los disparos y los rayos cósmicos destrozaron literalmente a los tipos.

Desaparecieron los dos tras el mostrador, muertos.

Dragan y Stanko no devolvieron las pistolas a las fundas, por si tenían que usarlas de nuevo.

Sin embargo, nadie más trató de impedirles la salida del local.

Y no por falta de ganas, sino de valor.

Dragan, Stanko, Fulvia y Gela alcanzaron la puerta y salieron al exterior, prácticamente de espaldas, para poder vigilar hasta el último momento a la gentuza que había en el local.

Lo que ellos no sabían, es que el mayor peligro les aguardaba precisamente allí fuera, porque eran varios los hombres que esperaban su salida para arrebatarles el oro y quedarse con la hermosa Fulvia.

CAPÍTULO VII

Los tipos se habían apostado tras dos de los vehículos voladores.

Eran cinco, exactamente, y todos esgrimían pistolas de rayos.

En principio, no fueron descubiertos por Dragan, Stanko, Fulvia y Gela, porque se hallaban perfectamente ocultos.

—Ahí salen —murmuró uno de los fulanos.

—Y no sólo con la rubia —observó otro.

—Es cierto. La luchadora que ganó el combate va con ellos —habló un tercero.

—Mejor —sonrió el que estaba a su lado—. Así nos divertiremos con las dos.

—El oro lo lleva el negro en ese saco —adivinó el quinto individuo.

—Pronto será nuestro, también —aseguró el primero que hablara—. En cuanto se aproximen un poco más...

Los tipos enmudecieron.

No debían seguir hablando, aunque fuera con voz susurrante, porque la distancia que les separaba de Dragan, Fulvia, Stanko y Gela se había acortado ya y podían ser descubiertos.

Dragan y Stanko, más pendientes de la salida del local de Phegor que de sus alrededores, todavía no se habían percatado de que estaban a punto de caer en una emboscada.

Y lo mismo les sucedía a Fulvia y Gela.

Por suerte, Dragan creyó ver que algo se movía tras uno de los vehículos voladores y, olfateando el peligro, no dudó en abalanzarse sobre las chicas, al tiempo que gritaba:

—¡Al suelo, Stanko!

El copiloto se echó de bruces con celeridad.

Fulvia y Gela tomaron también violento contacto con el suelo, derribadas por Dragan. Pero no serían ellas las que protestasen, porque la acción de Meteor les salvó la vida.

Los tipos, al saberse descubiertos, hicieron funcionar sus armas con precipitación, sin pensar que podían matar también a las dos mujeres y quedarse sin diversión.

Dragan y Stanko respondieron al ataque, bien pegados al suelo, para ofrecer un blanco difícil. Y como ambos poseían una excelente

puntería, se cargaron muy pronto a tres de los emboscados.

Los otros dos se ocultaron, asustados.

—¡El vehículo, Stanko! —indicó Dragan.

El negro entendió y disparó contra el vehículo volador que protegía a la pareja de cobardes. Dragan lo hizo al mismo tiempo que él y el vehículo estalló en pedazos, causando la muerte a los dos tipos que permanecían pegados a él.

—Creo que ya no hay peligro —dijo Dragan, irguiéndose.

Stanko se levantó también, siendo imitado por Fulvia y Gela.

—Nos habían tendido una buena emboscada —masculló el copiloto.

—Este lugar está lleno de ratas cobardes —dijo Dragan.

—Salgamos cuanto antes de aquí, por favor —pidió Fulvia.

—Lo mismo deseo yo —confesó Gela.

—A la nave, rápido —dijo Dragan.

Corrieron los cuatro hacia la «Meteor-III», la alcanzaron, y subieron a ella. Segundos después, la nave se elevaba y ganaba rápidamente velocidad, alejándose del local de Phegor como una exhalación.

* * *

Woro había quedado atrás.

Y Phegor se había quedado sin las mil monedas de oro y sin la bella Fulvia. Y sin Gela, que tampoco era moco de pavo.

De ahí que la euforia reinara a bordo de la «Meteor-III», mientras la pequeña nave surcaba el espacio sideral a gran velocidad, pilotada por Dragan.

Stanko ocupaba el asiento de copiloto.

Fulvia y Gela estaban también en la cabina de mandos, comentando con Dragan y Stanko los momentos de peligro que habían vivido en el local de Phegor y a la salida de él.

—Sois fantásticos, muchachos —elogió la luchadora.

—Vosotras también —repuso Dragan.

—Hicimos lo que pudimos, pero casi todo el mérito es vuestro —dijo Fulvia.

—Vuestra ayuda, cuando fuimos atacados en el despacho de

Phegor, fue importante —reconoció Stanko.

—En efecto —asintió Dragan.

Gela posó su mano en el hombro del copiloto.

—Tú has cumplido tu parte del trato, Stanko. Ahora me toca a mí cumplir la mía —dijo, con maliciosa sonrisa.

El negro carraspeó.

—¿Puedo abandonar la cabina, Dragan?

—Por supuesto —autorizó Meteor, sonriendo.

—Avísame cuando desees que te sustituya.

—Lo haré, descuida.

Stanko se levantó del sillón, pasó su brazo por los hombros de Gela, y salieron los dos de la cabina.

—¡Muerde con delicadeza, Stanko! —dijo Dragan.

—¡Cierra el pico! —respondió el copiloto.

Dragan se echó a reír.

Fulvia ocupó el sillón del negro y preguntó:

—¿Qué clase de trato hicieron Stanko y Gela, Dragan?

—Ella le pidió que la sacara de Woro. Y, a cambio. Gela dijo que permitiría que él le mordiera todo lo que quisiera.

Fulvia respingó.

—¿A Stanko le gusta morder a las mujeres…?

—¿Y a quién no?

—Te refieres mordisquitos cariñosos, ¿verdad?

—Naturalmente.

—Eso ya es otra cosa —sonrió Fulvia.

—Stanko es un gran tipo. Gela lo pasará bien con él. Y él con ella, porque Gela es una chica estupenda.

—¿Tú también piensas morderme cosas a mí, Dragan?

—Por supuesto. Todas las que pille.

—No podré negarme, porque te pertenezco.

—Así es. Eres mi esclava, Fulvia.

—Tendré que llamarte amo, entonces.

—Bueno, no es necesario. Puedes seguir llamándome por mi nombre —autorizó Dragan.

—Quiero ser sincera contigo, Dragan. Te estoy muy agradecida por haberme sacado de Woro, en donde yo me hallaba prácticamente secuestrada, puesto que fui vendida al cerdo de Phegor por los tipos que me raptaron. Sin embargo, no me resigno a ser la esclava de

nadie. Mientras esté a tu lado, me mostraré sumisa y obediente, pero me escaparé a la primera oportunidad.

Dragan rompió a reír.

Fulvia, extrañada, preguntó:

—¿Te hace gracia que te advierta que pienso escaparme...?

—No, lo que me hace gracia es que hayas tomado en serio mis palabras.

—¿A qué te refieres?

—A lo de que eres mi esclava.

—Lo soy, puesto que...

—No digas tonterías. Tú no eres mi esclava, Fulvia. No me perteneces. Quise luchar por ti para arrancarte de las garras del puerco de Phegor y devolverte la libertad, pues era fácil adivinar que una mujer como tú no podía estar voluntariamente en el local de ese miserable.

—¿Quieres decir qué...?

—Sí, eres libre. Tan libre como lo eras antes de que esos tipos te raptaran y te vendieran a Phegor, así que no tendrás necesidad de escapar de mí. Podrás marcharte cuando gustes, lo mismo que Gela. Stanko tampoco la retendrá.

Fulvia se levantó, se sentó en las rodillas de Dragan, y le pasó los brazos por el cuello.

—¡Eh!, ¿qué haces? —exclamó él.

—Voy a darte las gracias, Dragan.

—Te recuerdo que estoy pilotando la nave.

—Conecta el piloto automático.

—¿Valdrá la pena?

—Te aseguro que sí.

—De acuerdo, lo conectaré.

Dragan puso el piloto automático y rodeó la desnuda cintura femenina con sus brazos.

—Ya puedes empezar a darme las gracias, preciosa.

Fulvia le besó en los labios.

Largamente.

Con pasión.

Dragan, naturalmente, le devolvió el beso, mientras le acariciaba la espalda, las caderas, el estómago... Estuvo tentado de abrirle la miniblusa, para acariciar también sus senos, pero se reprimió.

Fulvia pensó que lo haría, pero como no fue así, interrumpió el beso y preguntó:

—¿Tampoco hablabas en serio cuando dijiste que pensabas morderme cosas…?

—Me encantaría, pero sólo lo haré si tú estás de acuerdo. No quiero obligarte a nada.

Fulvia retiró uno de sus brazos del cuello de Dragan y se abrió la miniblusa, dejando visibles sus bellos y arrogantes senos.

—Con delicadeza, ¿eh, amo? —dijo, con una deliciosa sonrisa.

—Descuida —sonrió también Dragan, y se los acarició con suavidad, antes de besarlos tiernamente y juguetear con los rosados pezones, descaradamente erguidos.

Fulvia cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, dejando escapar un dulce gemido de placer.

—Dragan… —susurró.

La boca de Meteor ascendió por el cuello femenino y llegó hasta los entreabiertos labios de Fulvia, besándolos otra vez con pasión, mientras sus manos seguían acariciando los hermosos pechos de la joven.

De repente, la pantalla de comunicaciones empezó a emitir la señal de llamada.

Alguien quería hablar con Dragan Meteor.

CAPÍTULO VIII

Dragan se vio obligado a separar su boca de la de Fulvia.

—Tendrás que disculparme un momento, nena.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—¿No oyes ese zumbido intermitente?

—Sí.

—Es una llamada. Y tengo que atenderla.

—Qué inoportuna.

—Estaré en seguida contigo, te lo prometo.

—Está bien —suspiró Fulvia, y se levantó de las rodillas masculinas, cerrándose seguidamente la miniblusa.

Dragan pulsó un botón verde y en la pantalla de comunicaciones apareció la imagen de Hiram, un viejo conocido suyo. Vivía en Odok y era el consejero principal de la princesa Tara.

Hiram era ya un hombre de edad y llevaba una larga barba blanca.

—Te saludo, Meteor.

—Hiram, viejo amigo... —sonrió Dragan, alegrándose de su llamada.

—¿Cómo estás?

—Perfectamente, Hiram.

—¿Y tu fiel Stanko...?

—Tan bien como yo. No te saluda porque hace unos minutos que se retiró a su camarote.

—Entiendo.

—¿Cómo estás tú, Hiram?

—Bien.

—¿Y la hermosa Tara...?

Los ojos del consejero se humedecieron repentinamente.

Dragan, dándose cuenta de ello, preguntó:

—¿Qué ocurre, Hiram? ¿Le ha sucedido algo a la princesa?

—La han raptado, Meteor —informó el consejero.

—¿Qué...?

—No se encuentra en Odok. Se la han llevado en una nave.

—¿Quién? ¿Cuándo? ¿Por qué?

—Unos extranjeros. La raptaron anoche, pero no sé el motivo.

Sólo sé que está en manos de unos asesinos, pues mataron a varios de los nuestros. Son unos seres sin escrúpulos, capaces de cualquier cosa, y temo por la vida de la princesa Tara.

—Tranquilízate, Hiram. No le pasará nada. Para darle muerte a Tara, esos tipos no se hubieran molestado en raptarla. Si la han secuestrado es porque piensan obtener algún beneficio. Quizá pidan un fuerte rescate por su libertad.

—Hasta el momento presente, no hemos tenido ninguna noticia de los secuestradores. Y mi angustia y mi desesperación crecen, Meteor. Por eso te he llamado. Sé cuánto aprecias a la princesa Tara y...

—Daría mi vida por ella, si fuera necesario.

—Estoy seguro, Meteor. De ahí que me atreva a pedirte que la busques. Si alguien puede encontrarla, ése eres tú.

—La buscaré, te lo prometo. Y cuando sepa dónde está, la rescataré con la ayuda de Stanko. No tendremos piedad con los tipos que la arrancaron de Odok. Y si le han causado el menor daño a Tara, los mataremos a todos, te lo juro.

—Gracias, Meteor. Sabía que podía contar con tu ayuda.

—Para eso son los amigos, Hiram.

—Tú eres el mejor. El más noble, el más valiente, y el más desinteresado. Por eso Tara te quiere tanto.

—La encontraremos y la devolveremos a Odok sana y salva, te doy mi palabra.

—Confío en ti, Meteor.

—Estaremos en contacto, Hiram.

—Sí, desde luego. Adiós, Meteor.

—Adiós, Hiram.

El consejero principal de la princesa Tara cortó la comunicación y su imagen desapareció de la pantalla.

* * *

Fulvia había vuelto a sentarse en el sillón del copiloto.

Dragan apagó la pantalla y se volvió lentamente hacia la joven.

—Ya lo has oído, Fulvia.

—Lamento lo que le ha sucedido a esa princesa amiga tuya,

Dragan.

—Yo también.

—¿Significa mucho para ti?

—Desde luego.

Fulvia se mordió el labio inferior.

—¿Estás enamorado de ella, Dragan?

—No; eso no. La quiero mucho, pero de otra manera.

Fulvia se levantó y volvió a sentarse en las rodillas de Dragan, cuyo cuello cerró de nuevo con sus brazos.

—Creo que te entiendo, Dragan —dijo, y le besó suavemente en los labios.

—Tengo que avisar a Stanko.

—Dale un poco más de tiempo. Gela tiene mucho que morder...

Dragan sonrió levemente.

—Tú también, Fulvia.

—Pero a ti ya no te apetece morderme nada, ¿verdad?

—No es eso. Lo que sucede es que la noticia del rapto de la princesa Tara me ha llenado de preocupación y de tristeza.

—Es natural.

—Tengo que encontrarla, cueste lo que cueste.

—Darás con ella, estoy segura. Tú eres uno de esos hombres que consiguen todo lo que se proponen.

Dragan la besó y pidió:

—Háblame de los tipos que te raptaron y te vendieron a Phegor.

—¿Para qué?

—Bueno, sé que sería una coincidencia que fuesen los mismos que han secuestrado a la princesa Tara, pero nunca se sabe. Por si acaso, quiero que me cuentes todo lo que sepas sobre ellos. Empieza por decirme sus nombres, si es que los conoces.

—Naturalmente que los conozco. Eran cuatro hombres. El jefe del grupo se llamaba Nopho. Los otros tres, Lusig, Rubno y Dovo.

Dragan se puso tenso.

—Conque Nopho y sus secuaces, ¿eh? —masculló.

—¿Los conoces?

—Sí, de sobra. Stanko y yo hemos tenido más de una pelea con ellos, aunque hace tiempo que no nos encontramos. Son cuatro bichos. De manera especial, Nopho. Es el peor de todos.

—Los conoces bien, no hay duda.

Dragan la miró a los ojos.

—Te lo hicieron pasar mal, ¿verdad?

—Muy mal.

—¿Abusaron de ti?

—Sólo Nopho. Los demás también querían violarme, pero Nopho no lo permitió. No quiso compartirme con ellos.

Dragan apretó los maxilares.

—Ese canalla me las pagará. Cuando vuelva a encontrarme con él, lo mataré por lo que te hizo. Y Stanko me ayudará a acabar también con Lusig, Rubno y Dovo.

—Hay mucha gente perversa por esos mundos, Dragan.

—Estás pensando en Phegor, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuánto pagó por ti?

—Ofreció quinientas monedas de oro, pero Nopho se echó a reír y dijo que yo valía por lo menos tres mil. Me dejó completamente desnuda, para que Phegor me viera bien. Y el muy cerdo se me comió con los ojos. Dobló su oferta al instante, pero Nopho respondió que no me vendería por menos de dos mil. Finalmente, se pusieron de acuerdo y Phegor pagó mil quinientas monedas de oro por mí.

—Te poseyó también, ¿verdad?

—Claro.

—Alimaña asquerosa… ¡Debimos matarle!

—Sí, se lo merecía.

—Le ajustaré las cuentas, te lo prometo. Pagará con la vida el haber abusado de ti. Pero antes tengo que encontrar a Nopho y su pandilla.

—¿Crees que pueden tener a la princesa Tara?

—No lo sé. Nopho, desde luego, sabe que a mí me une una buena amistad con ella y que soy siempre bien recibido en Odok. Y quizá, raptando a la princesa Tara, haya querido causarme daño a mí, aparte de obtener un beneficio por ella. Puede que se trate incluso de una argucia para hacernos caer a Stanko y a mí en una trampa.

—Explícate —rogó Fulvia.

—Verás, si Nopho y los suyos han raptado a la princesa Tara, deben saber que Hiram recurrirá a mí, como de hecho ha sucedido. Y deben saber, también, que no descansaré hasta encontrar a Tara. Han

podido, por tanto, utilizarla como cebo para atraernos a Stanko y a mí, atraparnos, y acabar con nosotros. Creo que eso les encantaría, porque nos odian a muerte.

—¿Por qué?

—Cuando peleamos, Stanko y yo les zurramos siempre.

—Entiendo.

—¿Sabes lo que voy a hacer?

—No.

—Llamar a Hiram y preguntarle si sabe cuántos eran los tipos que secuestraron a Tara. Y como responda que cuatro...

—Llámale, si —aprobó Fulvia, levantándose nuevamente de las rodillas masculinas.

Dragan hizo la llamada a Odok, el planeta en donde la princesa Tara tenía su palacio. Hiram no tardó en responderle, porque se hallaba pendiente de sus noticias.

—¿Alguna novedad, Meteor?

—Todavía no, Hiram. Te llamo para que me digas, si lo sabes, cuántos eran los extranjeros que raptaron a la princesa Tara.

—Cuatro.

Dragan cambió una mirada con Fulvia.

Después, miró de nuevo la pantalla y dijo:

—Creo que ya tengo una pista, Hiram.

—¿De veras? —se alegró el consejero.

—Sí, sospecho que la princesa Tara está en poder de Nopho y sus secuaces —respondió Dragan.

CAPÍTULO IX

Dragan Meteor habló un poco más con Hiram y después cortó la comunicación, quedando en llamar de nuevo al consejero principal de la princesa Tara cuando tuviese noticias.

A continuación, Dragan desconectó el piloto automático y varió el rumbo, dirigiendo la «Meteor-III» hacia Zobo, el asteroide que servía de guarida a Nopho y su pandilla.

Después de aumentar la velocidad al máximo, conectó de nuevo el piloto automático y dijo:

—A mis brazos, nena.

Fulvia se apresuró a sentarse otra vez en las rodillas masculinas.

—¿Estás más contento, Dragan?

—Así es, porque ahora estoy seguro de que la princesa Tara fue raptada por Nopho, Lusig, Rubno y Dovo. Y sé dónde encontrar a esos cuatro gusanos.

—¿Dónde?

Dragan se lo explicó.

—¿Estás seguro de que la llevarán a su guarida? —preguntó Fulvia.

—Sí.

—A mí me llevaron directamente a Woro…

—Tu caso era distinto, Fulvia. Cuando te raptaron, Nopho había decidido ya llevarte al local de Phegor, para venderte. A la princesa Tara la quieren para que nos sirva de anzuelo a Stanko y a mí, ya te lo expliqué.

—Si estás en lo cierto, vamos derechos a una trampa.

—Seguro. Pero tú no tienes por qué caer en ella, Fulvia. Y Gela tampoco. Podemos dejaros en algún lugar antes de llegar a Zobo. Un lugar seguro, por supuesto.

—Gela no querrá abandonaros.

—¿Y tú…?

—Tampoco —respondió Fulvia, y le besó.

Dragan la estrechó contra sí, mientras le devolvía el beso.

Cuando separaron sus bocas, preguntó:

—¿Cuál es tu nombre completo, preciosa?

—Fulvia Bogg.

—¿Y cuántos años tienes?
—Veintitrés.
—¿No te espera alguien en alguna parte, Fulvia?
—Nadie.
—¿Deseas seguir a mi lado?
—Sí, amo.
Dragan sonrió.
—No eres mi esclava, ya lo sabes.
—Por eso se me han ido las ganas de escaparme. Desde que me dijiste que no pensabas retenerme, que yo era libre, me entraron unos deseos locos de permanecer a tu lado —confesó Fulvia—. Y es que me gustas mucho, Dragan.
—Tú a mí también. Desde que te retiraste la capucha y te abriste la capa en el «ring», mostrando tu bello rostro y tu maravilloso cuerpo, prácticamente desnudo.
—Phegor me obligó a exhibirme así.
—Ya lo supongo.
Volvieron a unir sus bocas.
Dragan se disponía ya a abrir de nuevo la miniblusa de Fulvia, para seguir acariciando sus túrgidos senos, cuando volvió a oírse el zumbido de llamada.
Se separaron al instante y Dragan dijo:
—Debe ser Hiram.
—Seguro.
Fulvia se levantó de las rodillas de Dragan, para que éste pudiera responder a la llamada. Dragan pulsó el botón verde y la pantalla de comunicaciones se iluminó, aunque en ella no apareció la imagen del consejero principal de la princesa Tara, sino el rostro de un malhechor, de un asesino y de un violador.
—¡Nopho...! —exclamó Fulvia, estremeciéndose de pies a cabeza.

* * *

Sí.
Era el canalla de Nopho.
El miserable que raptara a Fulvia, abusara de ella, y luego la vendiera al cerdo de Phegor como si se tratara de una mercancía,

para que él la poseyera a su vez y la explotara en su local.

De ahí el estremecimiento de Fulvia al ver su cara en la pantalla, en vez de la de Hiram.

Nopho no podía ver a Fulvia, porque ésta se hallaba fuera del alcance del visor de la pantalla, pero oyó que una voz femenina exclamaba su nombre con terror y eso le intrigó.

—Hola, Meteor —saludó.

—Hola, bicho —respondió Dragan, repuesto de la sorpresa que le había producido la aparición de la imagen de Nopho en la pantalla.

—¿Quién está contigo?

—No te importa.

—Es una mujer, ¿verdad?

—Sí.

—He oído que pronunciaba mi nombre. ¿Me conoce...?

—Por desgracia para ella.

—¿Por qué dices eso?

—La raptaste, la violaste, y después se la vendiste al puerco de Phegor por mil quinientas monedas de oro.

Nopho respingó.

—¿Por mil quinientas monedas...?

—Sí.

—Le he vendido varias mujeres a Phegor, pero sólo por una saqué tanto. Por la última, precisamente. Una preciosa rubia llamada Fulvia.

—Ella es.

—¿Y cómo está en tu nave, Meteor...?

—Sería largo de contar.

—Se la birlaste a Phegor, ¿no?

—Olvídate de Fulvia y dime qué es lo que quieres.

Nopho sonrió.

—Te he llamado para comunicarte algo, Meteor.

—Habla.

—Se trata de Tara, esa princesa amiga tuya a la que tanto quieres.

El corazón de Dragan latió más de prisa.

—¿Por qué mencionas a la princesa Tara, rata inmunda?

—Mis amigos y yo estuvimos en Odok y la raptamos. Dragan cambió una fugaz mirada con Fulvia.

Después, clavó de nuevo los ojos en la pantalla y barbotó:

—Eres un maldito hijo de perra, Nopho.

—¡Lo sé! —exclamó el tipo, riendo.

—Si le habéis hecho algún daño a la princesa Tara, te juro que…

—Tranquilízate, no la hemos tocado. Aunque no por falta de ganas, ¿eh? Es joven, bella, y posee un cuerpo sensacional. Tres razones para desear hacer el amor con ella. Pero es que, además, es princesa. Y yo jamás he poseído a una princesa. ¿Tú has hecho el amor con Tara, Meteor…?

—¡Bastardo!

Nopho rio de nuevo.

—Está bien, no me respondas. En realidad, no me interesa saber si has poseído a la princesa Tara o no. Yo, desde luego, no me voy a quedar con las ganas. Tara será mía. A menos, claro, que tú y tu fiel Stanko tengáis agallas suficientes como para venir a Zobo e intentar rescatarla.

—Eso es lo que quieres, ¿eh? —masculló Dragan.

—Sí, por eso rapté a la princesa Tara. Sabía que sería un excelente cebo para atraeros a ti y a ese negro amigo tuyo. Vendréis por ella, lo sé. Pero no lograréis rescatarla, Meteor. Perderéis la vida en este asteroide y nosotros celebraremos vuestra muerte gozando con la hermosa Tara. Yo seré el primero en poseerla, pero también Lusig, Rubno y Dovo disfrutarán con ella. Luego, se la venderé a Phegor. Me pagará aún más que por Fulvia, porque Tara es una princesa y Phegor tampoco ha hecho jamás el amor con ninguna. Querrá poseerla a cualquier precio y luego la exhibirá en su local, que ganará prestigio con una auténtica princesa en él.

—¡Basta, cerdo! —rugió Dragan, con los puños furiosamente apretados.

Nopho dejó oír de nuevo su risa.

—Te estoy haciendo sufrir, ¿eh, Meteor?

—¡Eres peor que una serpiente venenosa, Nopho!

—Vendréis en busca de la princesa Tara, ¿verdad?

—¡No lo dudes! ¡Y os daremos vuestro merecido, cobardes!

Nopho movió la cabeza.

—No, Meteor. Esta vez nos toca ganar a nosotros. Ya hemos perdido demasiadas veces.

—¡Perderéis una vez más!

—Os esperamos, Meteor.

—¡Un momento, Nopho!

—¿Quieres decirme algo más?

—Deseo hablar con la princesa Tara.

—Me temo que no será posible.

—¿Por qué?

—No está conmigo.

—Pues ordena que te la traigan.

—Demasiada molestia.

—Si no hablo con Tara, no creeré que está en vuestro poder.

—Llama a Odok. El viejo Hiram te confirmará que la princesa Tara ha sido raptada.

—Es posible. Lo que no podrá decirme Hiram, es si Tara sigue viva y no ha sufrido daño alguno.

—Eso ya te lo he dicho yo, Meteor.

—Pero yo no me fío de tu palabra, Nopho. Quiero que me lo diga la propia Tara.

Nopho rezongó algo.

—De acuerdo, Meteor. Hablarás con la princesa.

CAPÍTULO X

La imagen del jefe de los secuestradores desapareció de la pantalla, pero la comunicación se mantuvo.

Dragan Meteor, ligeramente nervioso, miró a Fulvia Bogg.

Ella le sonrió con suavidad.

—Animo, Dragan. Todo está saliendo bien —dijo, en tono bajo.

—Sí, se han confirmado mis sospechas.

—Plenamente.

—Confío en que Tara no haya sido maltratada y humillada por esos gusanos.

—Lo mismo deseo yo.

—No tardaremos en saberlo.

Efectivamente, tan sólo unos segundos después aparecía la imagen de la princesa Tara en la pantalla. Una Tara bella, pero visiblemente asustada. Sus ojos, grandes y oscuros, ofrecían claros síntomas de haber derramado una buena cantidad de lágrimas.

—¡Dragan! —exclamó, presa de emoción.

Meteor supo controlar la suya y preguntó con voz serena:

—¿Te encuentras bien, Tara?

—Sí.

—¿Te han causado algún daño?

—No.

—¿Seguro? ¿No han cometido ningún abuso contigo?

—Todavía no, pero... —los ojos de la princesa volvieron a llenarse de lágrimas, porque sabía lo que le esperaba.

—Tranquilízate, Tara. Stanko y yo te salvaremos. No permitiremos que esos cerdos te humillen.

—Si venís en mi busca, os matarán.

—No es fácil acabar con nosotros, tú lo sabes. Nos enfrentaremos a esos cobardes y los aniquilaremos. Te rescataremos, Tara, y te llevaremos a Odok. Confía en nosotros.

Las palabras de Dragan parecieron levantarle el ánimo a la princesa Tara, que incluso sonrió ligeramente.

—Tened mucho cuidado, por favor —rogó—. No quiero que os suceda nada malo por mi culpa.

—No temas, Tara. Stanko y yo sabemos defendernos.

La princesa, que tenía el pelo muy negro, largo y brillante, quiso decir algo más, pero fue apartada bruscamente de la pantalla por Nopho, quien ocupó su lugar, diciendo:

—Se acabó la charla, Meteor. Si quieres seguir hablando con la princesa Tara, ven en su busca.

Y, antes de que Dragan pudiera replicar, el jefe de los secuestradores cortó la comunicación.

* * *

Dragan Meteor maldijo al desalmado de Nopho y apagó la pantalla, poniéndose seguidamente en pie. Fulvia Bogg, que se había sentado de nuevo en el sillón del copiloto, se levantó también y abrazó al aventurero.

—Me alegro de que la princesa Tara esté bien, Dragan.

—Gracias.

—Conociendo a Nopho, es una suerte que la haya respetado hasta el momento.

—Tienes razón. Por eso insistí en hablar con Tara. Temí que hubiera sido violada ya por ese reptil. Y ojalá podamos rescatarla antes de que eso suceda.

—¿Está muy lejos ese asteroide que les sirve de guarida? —preguntó Fulvia.

—No, llegaremos mañana.

—Entonces, es muy posible que lleguemos a tiempo de impedir que Nopho haga suya a Tara.

—Avisaré a Stanko. Creo que ya se lo habrá mordido todo a Gela —bromeó Dragan.

—¡Seguro! —exclamó Fulvia, riendo.

—¿Vienes conmigo?

—Sí.

Dragan y Fulvia salieron de la cabina de mandos.

Segundos después, se detenían frente al camarote de Stanko.

Dragan llamó y el copiloto tardó poco en abrir la puerta, porque lo hizo en slip. Gela estaba echada en la litera, boca arriba, cubierta sólo en parte por la azulada sábana.

—¿Te has comido ya a la luchadora, caníbal? —preguntó Dragan,

con una sonrisa.

—Por la parte de la pechuga iba —respondió el negro en el mismo tono de broma.

—¡No es verdad! ¡Sigo entera! —exclamó Gela, y empezó a reír.

Stanko, Dragan y Fulvia rieron también.

Después, Dragan se puso serio y dijo:

—Tengo que darte una mala noticia, Stanko.

—¿Qué pasa?

—La princesa Tara ha sido raptada.

El gigante de ébano dio un fuerte respingo.

—¿Cómo dices...?

Dragan le puso al corriente.

Mientras hablaban. Gela abandonó la litera y se envolvió con la sábana, acercándose seguidamente a Stanko, Dragan y Fulvia.

—Esa es la situación —dijo Dragan, cuando concluyó—. Nopho y sus secuaces nos esperan en Zobo, convencidos de que acabarán con nosotros cuando intentemos rescatar a la princesa Tara.

—¡Malditos! —barbotó el copiloto, rabioso.

—Tenemos que ir, Stanko.

—¡Naturalmente que tenemos que ir! ¡Y les daremos una buena lección a esas cuatro víboras!

Dragan miró a Gela.

—Tú no estás obligada a correr ese riesgo, Gela. Si quieres, podemos dejarte en algún lugar seguro antes de llegar a Zobo.

—Ni hablar. Vosotros me ayudasteis a salir de Woro, y yo quiero ayudaros ahora a rescatar a la princesa Tara —respondió la luchadora, sin titubeos—. Además, me siento muy a gusto junto a Stanko y no pienso abandonarle hasta que él se canse de mí.

El copiloto le pasó su musculoso brazo por los hombros y la atrajo hacia sí.

—Será difícil que yo me canse de ti. Gela, porque eres una chica maravillosa.

—Acabas de ganarte un beso, pero como no te agaches un poco...

Stanko lo hizo y Gela le besó en los labios amorosamente.

Dragan carraspeó y dijo:

—Bien, puesto que los cuatro estamos de acuerdo en ir a Zobo e intentar rescatar a la princesa Tara, sugiero que os vistáis y acudáis a la cabina de mandos. Fulvia y yo también tenemos derecho a gozar

de un rato de intimidad. ¿No es verdad, nena?

—Por supuesto —le sonrió ella.

—Estaremos en la cabina en un par de minutos —prometió Stanko, y cerró la puerta del camarote.

Fulvia pasó sus brazos por el cuello de Dragan.

—¿De verdad vamos a hacer el amor…?

—Sólo si tú lo deseas.

—Claro que sí. Y me consta que tú lo sabes.

—Eres un encanto —sonrió Dragan, y la besó con vehemencia.

* * *

Entretanto, Nopho hizo una llamada a Woro, porque tenía interés en conversar con Phegor. Cuando éste apareció en la pantalla, Nopho pudo comprobar que tenía señales de golpes en el rostro.

—Hola, Phegor —lo saludó.

—¿Qué tal, Nopho? —gruñó el propietario del local de diversión, porque se hallaba de un humor de perros.

—¿Qué te ha pasado en la cara…?

—Tuve problemas con Dragan Meteor y el gigante negro que siempre le acompaña. Bueno, tú ya los conoces a los dos. También has tenido problemas más de una vez con ellos.

—Es cierto. Pero no los volveré a tener. Y tú tampoco, Phegor, porque voy a acabar con Meteor y con Stanko.

—¿De veras?

—Les he tendido una trampa en Zobo y vienen directos a ella. Por cierto, Fulvia viene con ellos. ¿Cómo te la dejaste arrebatar, después de haber pagado mil quinientos monedas por ella…?

Phegor masculló una maldición.

—Mis hombres no supieron evitarlo. Se comportaron como unos estúpidos. Y no sólo perdí a Fulvia, sino también a Gela, una de mis luchadoras. Y mil monedas de oro.

Nopho rio.

—¡La ruina, Phegor!

—Quiero recuperarlas a las dos, Nopho. Y también quiero recuperar mi oro.

—Las tendrás, no te preocupes. Y también a una hermosa

princesa. Se llama Tara y es muy amiga de Meteor. La rapté para utilizarla como cebo. Cuando haya acabado con esos dos bastardos, me divertiré con ella y luego te la venderé. Pero tendrás que darme tres mil monedas de oro, ni una menos.

—¿Tanto...?

—Es una princesa auténtica, Phegor. Y es una belleza, créeme. Te encantará poseerla.

El cerdo de Phegor se pasó la lengua por los labios, como relamiéndose ya de gusto.

—Desde luego que sí. Pero tres mil monedas de oro...

—Serán cinco mil en total, porque tendrás que pagarme mil quinientas por Fulvia y quinientas por Gela —carraspeó Nopho.

—¿Qué...?

—Es lo que valen Fulvia y Gela, Phegor.

—¡Ya pagué por ellas!

—Sí, pero te las has dejado arrebatar, así que tendrás que volver a pagar por ambas si quieres verlas de nuevo en tu local.

—¡Eso no es justo, Nopho!

—Lo siento, Phegor, pero los negocios son los negocios. Hasta pronto —se despidió Nopho, y cortó la comunicación.

Phegor maldijo a viva voz.

—¡No te saldrás con la tuya, Nopho! ¡Tendré a esas tres mujeres, pero las conseguiré gratis!

CAPÍTULO XI

La «Meteor-III» se estaba aproximando ya a Zobo, un asteroide relativamente pequeño, pero ideal para servir de guarida a un grupo de malhechores por sus especiales características.

La superficie del diminuto planeta era muy accidentada, abundando los desfiladeros, los cráteres, las grutas profundas... Resultaba, por tanto, muy fácil esconderse allí, porque había sitios de sobra.

Nopho y sus secuaces solían dejar perfectamente oculta su nave cuando se hallaban en Zobo. En esta ocasión, sin embargo, la dejaron bien visible para que Dragan Meteor y Stanko la descubrieran pronto cuando llegaran y se aproximaran con su nave.

Después...

Bueno, Nopho había ideado un plan para acabar con Dragan y Stanko sin correr prácticamente ningún riesgo. Un plan en el que, naturalmente, la princesa Tara jugaría un papel importante, muy a su pesar.

Ella haría caer en la trampa a Meteor y a su copiloto.

Luego, sería muy fácil atrapar a Fulvia y Gela.

Eso pensaban los secuestradores de Tara, al menos.

La «Meteor-III» seguía acercándose al asteroide.

Dragan, que pilotaba la nave, había reducido considerablemente la velocidad, para poder sobrevolar la superficie de Zobo cuando alcanzasen el asteroide.

Stanko ocupaba el sillón del copiloto, ligeramente tenso, porque se avecinaba el momento de enfrentarse a Nopho y su pandilla e intuía que tendrían dificultades para liberar a la princesa Tara.

Fulvia y Gela se hallaban también en la cabina de mandos, observando Zobo a través del mirador. Dragan les había facilitado armas y lucían las dos sendas pistolas de rayos cósmicos en el costado derecho.

Su tensión era aún mayor que la de Stanko, lógicamente, pero no sentían miedo. Sospechaban, como el copiloto, que iban a tener dificultades para rescatar a la princesa Tara, pero confiaban en superarlas. Las dos habían visto ya en acción a Dragan y Stanko, y los consideraban capaces de las mayores hazañas.

En el local de Phegor y a la salida de él demostraron sobradamente su valía, y tanto Fulvia como Gela se sentían seguras junto a ellos. Por eso no tenían miedo.

La «Meteor-III» alcanzó Zobo y comenzó a sobrevolar su superficie a prudente altura, para evitar un posible ataque de Nopho y los suyos.

—Este asteroide tiene un aspecto siniestro... —murmuró Fulvia.

—Opino lo mismo —dijo Gela.

—Es un buen lugar para esconderse, no cabe duda —rezongó Stanko—. No será fácil encontrar la nave de Nopho y sus secuaces.

—La encontraremos, no lo dudes —aseguró Dragan.

—¿Por qué no llamas a Nopho? —sugirió el copiloto—. Quizá así demos más pronto con ellos.

—No es mala idea —respondió Dragan, e hizo la llamada.

Nadie respondió.

Dragan insistió, pero el resultado fue el mismo.

—No quieren contestar —dijo, desistiendo.

—Malditos... —masculló Stanko.

—No importa. Rastrearemos el asteroide palmo a palmo si es necesario, pero daremos con ellos.

La «Meteor-III» siguió sobrevolando la superficie de Zobo.

Y, como la nave de los malhechores se hallaba bien a la vista, no tardaran en localizarla.

—¡Allí está! —exclamó Fulvia—. ¡Es la nave de Nopho!

—¡Qué suerte! —dijo Gela.

—No, no ha sido suerte —rezongó Dragan—. Hemos encontrado tan pronto la nave de esos cobardes porque así lo querían ellos. Por eso no la han ocultado.

—Tienes razón —respondió Stanko—. Nos ha preparado una trampa y están ansiosos porque caigamos en ella. De ahí que no hayan escondido su nave. Quieren que sepamos dónde están. Que nos acerquemos a ellos y salgamos de la nave.

—¿Estarán ellos en la suya? —preguntó Fulvia.

—No lo sé —respondió Dragan—. Pero, aunque se hallen a bordo, podrán sentirse seguros, puesto que nosotros no podemos atacar su nave teniendo como tienen a la princesa Tara. Y ellos lo saben. Tara les sirve de escudo protector.

—¿Qué hacemos, Dragan? —preguntó Stanko.

—Posar la nave y salir de ella, no tenemos más remedio.

—Lo que ellos quieren.

—Sí.

—Cuando estemos fuera de la nave, pueden hacer despegar la suya, atacarnos, y destruir la «Meteor-III».

—Es un riesgo que debemos correr, Stanko.

El copiloto no dijo nada más.

Dragan hizo descender la nave y la posó cerca de la de los malhechores, apagando seguidamente los motores. La puerta de la nave de Nopho y sus secuaces permanecía abierta y la rampa de descenso estaba bajada, pero no se veía a ninguno de los tipos.

Aquello podía significar dos cosas. La primera, que Nopho y los suyos habían salido de la nave, llevando a la princesa Tara consigo, y se habían ocultado. La segunda, podía ser una invitación a subir a su nave y caer en una trampa mortal.

En cualquier caso, no parecía que Nopho y su pandilla tuviesen intención de hacer despegar su nave en cuando Dragan, Stanko, Fulvia y Gela descendiesen de la «Meteor-III», y destruir ésta. De haber ideado eso, la puerta de su nave no estaría abierta ni la rampa de descenso bajada.

Sin duda, Nopho les había preparado algo mucho más original.

Dragan se levantó de su sillón y dijo:

—Vamos, Stanko.

El copiloto se levantó también y siguió a Dragan, que ya estaba abandonando la cabina de mandos. Fulvia y Gela abandonaron también la cabina.

Antes de abrir la puerta de la nave y hacer bajar la rampa de descenso, Dragan tomó un par de fusiles de rayos y le pasó uno a Stanko.

—Toma. Pueden hacernos falta.

El negro empuñó el fusil.

Fulvia y Gela habían desenfundado ya sus respectivas pistolas de rayos cósmicos.

Dragan accionó el mando que abría la puerta y hacía bajar la rampa de descenso, diciendo:

—Vamos allá.

—Tened mucho cuidado, ¿eh, chicas? —pidió Stanko.

—No os preocupéis por nosotras —dijo Gela.

—Estamos dispuestas a todo, como vosotros —añadió Fulvia.

Dragan las miró un instante y sonrió.

—Sois valerosas, no cabe duda.

—Es que el valor se contagia —repuso Fulvia.

—Exacto —dijo Gela.

La puerta acabó de abrirse y, como la rampa de descenso ya estaba bajada, Dragan salió de la nave con el fusil de rayos firmemente empuñado.

Stanko se apresuró a imitarle, seguido de Fulvia y Gela.

El silencio más absoluto reinaba en el lugar.

Nada se movía, pero como eran varios los sitios en donde podían hallarse apostados Nopho y sus secuaces. Dragan, Stanko, Fulvia y Gela lo vigilaban todo con los ojos bien abiertos.

Eran momentos de gran tensión, pues los secuestradores de la princesa Tara podía surgir de pronto, haciendo funcionar sus armas. Sin embargo, transcurrían los segundos y la quietud del lugar no se alteraba, como tampoco su silencio.

—Creo que están en su nave, esperando que subamos para liquidarnos por sorpresa —murmuró Stanko.

—Es posible —respondió Dragan—. Aunque yo me inclino a pensar que se hallan ocultos en algún lugar próximo. Y que nos están vigilando desde allí.

—¿Y por qué no nos disparan?

—Quizá estén esperando a que nos separemos de la «Meteor-III», para que no podamos refugiarnos en ella.

—Tú dirás lo que hacemos, Dragan.

—Creo que debemos aproximarnos a su nave. Y ya veremos qué pasa.

—Adelante, pues.

Caminaron los cuatro hacia la entrada de la nave de los malhechores, despacio y sin dejar de vigilar atentamente los alrededores, porque el peligro se olfateaba en el ambiente.

Habrían avanzado apenas unos diez metros cuando, de repente, un grito rasgó la atmósfera como una lanza. Era un grito de dolor, de pánico, de desesperación.

Y, como lo había emitido una garganta femenina, Dragan se estremeció y exclamó:

—¡Tara!

* * *

En efecto, el grito lo había lanzado la princesa Tara.

Al parecer, Nopho y los suyos la estaban maltratando y aterrorizando, para que atrajera con sus gritos a Dragan, Stanko, Fulvia y Gela.

Ello no estaba sucediendo, desde luego, en el interior de la nave de los secuestradores. El grito había partido desde más allá de unas rocas próximas, bastante altas y puntiagudas.

Stanko extendió el brazo hacia ellas.

—¡Por allí, Dragan!

—¡Corramos!

Se lanzaron los dos hacia las rocas, aun sabiendo que quizá se estaban lanzando hacia la muerte, pero no les importó. La princesa Tara estaba sufriendo y ellos sólo pensaban en libertarla.

Fulvia y Gela corrieron también hacia las rocas, despreciando el evidente peligro. Intuían que iban los cuatro, directos a una trampa, seguramente mortal, pero había que salvar a la princesa Tara y acabar con los canallas que la estaban maltratando y aterrorizando.

Y lo iban a intentar.

Que lo consiguiesen o no, era otra cuestión.

CAPÍTULO XII

Dragan y Stanko alcanzaron las puntiagudas rocas y se metieron por entre ellas, apretando con rabia sus respectivos fusiles de rayos. Fulvia y Gela las alcanzaron también y los imitaron.

La princesa Tara seguía gritando, prueba inequívoca de que sus secuestradores continuaban maltratándola y llenándola de terror.

Sus chillidos guiaron a Dragan, Stanko, Fulvia y Gela hasta una cueva que se adivinaba grande y profunda. De allí partían los gritos de Tara.

Dragan y Stanko fueron los primeros en alcanzarla, y no dudaron en penetrar en ella. Al instante, varios rayos láser buscaron sus cuerpos, viéndose obligados a arrojarse al suelo y buscar protección tras las rocas que había en el interior de la caverna.

Fulvia y Gela entraron también en la gigantesca cueva, pero Nopho y los suyos no les dispararon, porque a ellas querían atraparlas vivas si era posible.

Dragan, que ignoraba eso, gritó:

—¡Ocultaos, rápido!

Fulvia y Gela se protegieron también tras las rocas.

Los secuestradores dejaron de disparar y Nopho exclamó:

—¡Eh, Meteor! ¡Mira lo que le estoy haciendo a tu estimada princesa Tara!

Dragan asomó la cabeza con cautela y lo que vio le quemó la sangre en las venas. La princesa Tara estaba atada a un poste y Nopho se hallaba tras ella, escudándose con el cuerpo femenino.

Tara lucía una brillante túnica color ámbar, larga hasta los tobillos, aunque estaba abierta por los lados. Se sujetaba sobre el hombro derecho, pero Nopho la había soltado y la princesa exhibía sus jóvenes y armoniosos senos.

Y no era eso lo peor, sino que el gusano de Nopho se los estaba toqueteando y oprimiendo dolorosamente con su mano izquierda. De ahí los gritos de Tara.

Dragan no pudo ver mucho más, porque Nopho, que empuñaba una pistola de rayos láser en su mano derecha, le disparó y le obligó a esconder la cabeza.

Nopho se echó a reír, siendo imitado por Lusig, Rubno y Dovo,

que se hallaban perfectamente apostados en la cueva.

—¿Qué pasa, Meteor...? ¿No quieres ver cómo le acaricio los pechos a tu princesa?

—¡Canalla! —rugió Dragan—. ¡Lo vas a pagar con la vida, te lo juro!

—¡Serás tú quien muera, Meteor! ¡Y Stanko se irá al infierno contigo!

El copiloto, que también había asomado ligeramente la cabeza, se sentía tan colérico como Dragan.

—¡Eres un cobarde, Nopho! ¡Te escudas en una mujer porque te faltan agallas para enfrentarte cara a cara a nosotros! ¡No eres un hombre, eres un conejo!

Nopho le disparó, obligándole también a esconder la cabeza.

—¡Cierra tu sucia boca, negro! —ladró.

—¡Rata asquerosa! —gritó Fulvia, quien, al igual que Gela, veía también la situación de la princesa Tara.

Nopho las miró a las dos.

—¡De ti me ocuparé después, rubia! ¡Volverás a ser mía! ¡Y también me divertiré con Gela! ¡Luego, os venderé de nuevo a Phegor, junto con Tara! ¡Obtendré cinco mil monedas de oro por las tres!

Fulvia no pudo evitar un estremecimiento.

Y lo mismo le sucedió a Gela.

La luchadora, no obstante, replicó:

—¡Tú no volverás a vender ninguna mujer, sapo repugnante! ¡Vas a morir en esta cueva, junto con esas tres ratas cobardes que tienes a tus órdenes!

Nopho se enfureció.

—¡Haré que te tragues tus insultos, perra! ¡No sólo serás violada por mí y por mis hombres, sino torturada hasta que supliques clemencia!

Gela sintió una oleada de frío.

Mientras Nopho discutía con Fulvia y Gela, Dragan y Stanko pensaban en la forma de sorprender al jefe de la pandilla. No podían dispararle, porque como se escudaba con el cuerpo de Tara, podían matarla involuntariamente a ella.

Tendrían que acercarse mucho más a Nopho, para dispararle con seguridad, pero eso no parecía nada fácil. Lusig, Rubno y Dovo, junto

con el propio Nopho, dominaban perfectamente la entrada de la caverna y no les permitirían adentrarse en ella.

En cuanto asomasen la cabeza, les dispararían, obligándoles a protegerse nuevamente tras las rocas. Nopho y los suyos eran los dueños de la situación, tenían que reconocerlo.

Nopho llevaba algunos minutos sin estrujar los senos de Tara, por lo que ésta había dejado de gritar. De pronto, el jefe de los secuestradores volvió a comportarse como un salvaje y la princesa chilló de nuevo agudamente.

—¿Qué, no os decidís a salir, Meteor...? —dijo Nopho—. ¡Cuanto más tardéis, más sufrirá la princesa!

Dragan maldijo entre dientes.

¡No podían seguir allí!

¡Tenían que hacer algo!

De pronto, la mirada de Dragan se posó en las numerosas estalactitas que se habían formado en el techo de la caverna. Las había de todos los tamaños, pero abundaban las que superaban el metro de longitud.

Y todas estaban afiladas como lanzas.

Dragan tuvo una idea y dijo:

—¡Imítame, Stanko!

Dragan apuntó hacia el techo con su fusil y comenzó a disparar, procurando alcanzar a las estalactitas en su base. Y disparó, naturalmente, sobre la parte del techo que se hallaba encima de Lusig, Rubno y Dovo.

Las estalactitas, limpiamente cortadas por los rayos, se precipitaron contra el suelo, cayendo de punta, lo que, dado su peso, las convertía en unas armas temibles.

Stanko, adivinando la idea de Dragan, se apresuró a secundarle.

Y lo mismo hicieron Fulvia y Gela, aunque ellas, al no poseer la excelente puntería de Dragan y Stanko, fallaron algunos disparos. Pero también cortaron varias estalactitas.

Lusig, Rubno y Dovo, que no se esperaban aquello, no tuvieron más narices que abandonar los lugares en donde se hallaban apostados, para no verse ensartados por las estalactitas que caían del techo.

A pesar de ello, Lusig no pudo evitar que una estalactita cayera sobre su espalda y se incrustara en ella como un arpón, causándole la

muerte casi en el acto.

Dragan bajó un instante el fusil y disparó sobre Rubno, que en aquel momento se hallaba desprotegido, más preocupado por las estalactitas que caían del techo que de cubrirse.

El rayo le alcanzó de lleno y lo destrozó materialmente.

Y algo parecido le ocurrió a Dovo, pues quedó también al descubierto por querer esquivar las estalactitas y Stanko lo mandó al infierno de un certero disparo.

Nopho, ciego de ira, se puso a disparar contra las rocas que protegían a Dragan y Stanko.

—¡Pareja de bastardos! ¡Yo acabaré con vosotros! —rugió.

—¡Vamos por él, Stanko! —gritó Dragan.

Saltaron los dos de detrás de las rocas y, procurando buscar la protección de otras, fueron aproximándose poco a poco a Nopho. Como ahora ya no estaban Lusig, Rubno y Dovo para impedirles el avance con sus armas, tenían muchas más posibilidades de alcanzar su objetivo.

Nopho seguía disparando como un loco, siempre protegido por el cuerpo de la princesa Tara, pero la extraordinaria agilidad de Dragan y Stanko le impedía acertar.

Como Nopho sólo estaba pendiente de Dragan y Stanko. Fulvia y Gela abandonaron las rocas que las protegían y se adentraron también en la caverna, aunque por el lado opuesto, para no ser descubiertas por el jefe de los secuestradores.

Nopho, en efecto, no las vio y las dos mujeres consiguieron llegar hasta muy cerca de él. Y lo mejor era que Nopho les daba prácticamente la espalda.

Gela le apuntó con su pistola de rayos cósmicos, pero Fulvia le bajó el brazo y susurró:

—Nopho es cosa mía, Gela.

La luchadora entendió y permitió que fuera Fulvia la que disparase contra Nopho. Como la distancia era corta, no podía fallar.

Y, efectivamente, no falló.

El rayo cósmico alcanzó en la espalda al canalla y se la deshizo literalmente, causándole una muerte fulminante.

* * *

Dragan y Stanko vieron caer a Nopho y se llevaron una gran alegría.

—¡Han sido las chicas! —exclamó el primero.

—¡Son formidables!

Corrieron los dos hacia allí, sin ninguna precaución ya.

Cuando llegaron, Fulvia y Gela se encontraban ya junto a la princesa Tara. Fulvia je estaba cerrando la túnica y Gela la estaba desatando.

Tara sollozaba, pero de alegría porque había terminado todo.

Y había terminado bien.

Sus secuestradores habían muerto y ella recobraba la libertad sin haber sufrido más daño que el que le causara Nopho con sus salvajes apretones de senos.

Y eso, comparado con todo lo que hubiera podido sucederle de no haber sido rescatada por Dragan, Stanko, y sus dos bellas acompañantes, no era nada.

Meteor la cogió por los hombros.

—Tara...

Ella se abrazó a él con fuerza.

—¡Dragan!

Meteor la estrechó cálidamente contra su pecho y le besó el negro cabello.

—Lo hemos conseguido. Tara. Estás libre.

CAPÍTULO XIII

La princesa Tara permaneció casi un minuto abrazada a Dragan Meteor, sin decir nada. Después, se separó de él y abrazó también al corpulento negro.

—¡Stanko!

El copiloto la estrechó con suavidad.

—Ya ha pasado todo, Tara. Se acabó tu angustia y tu sufrimiento.

—Gracias a vosotros.

—Y a nuestras amigas, que son la mar de valerosas.

Tara se separó de Stanko y miró a Fulvia y Gela.

—Os doy las gracias, también —dijo, y las besó a las dos.

—Me alegro mucho de conocerte, princesa Tara —dijo Fulvia.

—Y yo —habló Gela.

—¿Cuál de vosotras acabó con Nopho? —preguntó Tara.

—Iba a hacerlo Gela, pero le pedí que me dejara disparar a mí —respondió Fulvia, quien seguidamente explicó—: Yo también fui raptada por ese gusano de Nopho. Me maltrató, me humilló y me forzó como un salvaje, antes de venderme al cerdo de Phegor. Desde entonces sentía deseos de matarle. Y como hoy se me presentó la oportunidad, no quise desaprovecharla.

Tara le puso la mano en la mejilla.

—Cuánto debiste sufrir, Fulvia.

—Mucho, princesa. Tanto cuando estuve en poder de Nopho y sus secuaces, como en el local de Phegor. Afortunadamente, Dragan y Stanko me sacaron de allí y ahora soy una mujer feliz. Más incluso de lo que lo era antes de ser raptada por Nopho —aseguró Fulvia, mirando amorosamente a Dragan.

—Yo también he sufrido lo mío, princesa Tara —confesó Gela—. Pero, al igual que Fulvia, pude escapar del local de ese puerco de Phegor con la ayuda de Dragan y Stanko, y ahora me siento feliz. Son dos tipos extraordinarios.

—Estoy de acuerdo —sonrió Tara, mirando a Dragan y Stanko—. Yo los quiero mucho. Y les debo mucho, también.

—Sugiero que abandonemos la caverna —dijo Meteor—. Aquí ya no tenemos nada que hacer.

—Opino lo mismo —habló Stanko.

Caminaron los cinco hacia la salida y abandonaron la cueva, dejando en ella los cadáveres de Nopho, Lusig, Rubno y Dovo. Salieron de la caverna la mar de confiados, pues pensaban que no tendrían que afrontar ningún peligro más en Zobo, pero estaban muy equivocados.

Sí, porque otra nave había llegado al asteroide y estaba sobrevolando ya su superficie, tratando de localizar la «Meteor-III» y la nave de Nopho y sus secuaces.

Era la nave de Phegor.

* * *

Sí.

Phegor se encontraba en Zobo.

Y no había venido solo, sino acompañado de ocho hombres, fuertemente armados.

Le iban a ayudar a exterminar a Nopho, Lusig, Rubno y Dovo.

Phegor, claro, ignoraba que Nopho y los suyos habían sido exterminados ya por Dragan Meteor, Stanko, Fulvia y Gela. Él pensaba lo contrario, que los aniquilados habían sido Dragan y Stanko, y que Fulvia y Gela se hallaban en poder de Nopho y su pandilla, lo mismo que la princesa Tara.

Phegor no quería pagar cinco mil monedas de oro por las tres mujeres.

Las quería gratis.

Y quería, también, recuperar las mil monedas de oro que se llevara Stanko.

Para ello, era necesario acabar con Nopho y los suyos.

Y con esa intención había venido Phegor al asteroide que servía de guarida a Nopho, Lusig, Rubno, y Dovo.

La nave la pilotaba el propio Phegor.

En la cabina de mandos, con él, estaban cuatro de los hombres que había traído consigo. Los cinco escrutaban la accidentada superficie de Zobo.

De pronto, uno de ellos exclamó:

—¡Allí están las dos naves, Phegor! ¡La de Dragan Meteor y la de Nopho y los suyos!

* * *

Dragan, Stanko, Fulvia, Gela y la princesa Tara habían alcanzado ya las rocas altas y puntiagudas que impedían ver la entrada de la caverna desde el lugar en donde se hallaban posadas la «Meteor-III» y la nave de Nopho y sus secuaces.

De repente, apareció en el cielo una nave.

Dragan, que fue el primero en descubrirla, exclamó:

—¡Escondeos todos! ¡Rápido!

Se pegaron los cinco a las rocas, para no ser descubiertos por los tripulantes de la nave. Stanko se fijó en ella y exclamó:

—¡Parece la nave de Phegor, Dragan!

—Lo es —dijo Meteor.

—¿Qué diablos hace Phegor en Zobo…?

—¿No te lo imaginas?

—¿Las chicas?

—Exacto. Nopho debió llamarle para hablarle de la princesa Tara. Y debió decirle que nos había tendido una trampa. Phegor cree sin duda que hemos muerto y que Fulvia y Gela están en poder de Nopho, como Tara. Y viene por las tres.

—Nopho dijo que obtendría cinco mil monedas de oro por nosotras tres… —murmuró Tara.

—Sin duda fue ésa la suma que le pidió a Phegor, pero conociendo a éste, es fácil suponer que no querrá desprenderse de cinco mil monedas de oro —repuso Dragan—. Por eso no ha esperado a que Nopho se las lleve a su local. Ha venido a Zobo con intención de sorprender a Nopho y los suyos, y arrebatarle a las chicas.

—Muy propio de Phegor —rezongó Stanko.

—Si estás en lo cierto, Phegor habrá traído un buen número de hombres consigo —dijo Fulvia.

—Seguro —habló Gela.

—No tardaremos en saber cuántos hombres le acompañan —dijo Dragan—. La nave se está posando ya en el suelo.

Efectivamente, Phegor la había hecho descender y la nave estaba tomando ya contacto con la superficie del asteroide, a escasa distancia de la «Meteor-III» y de la nave de Nopho.

Los reactores se apagaron y la nave quedó silenciosa.

Poco después, la puerta se abría y bajaba la rampa de descenso.

Phegor fue el primero en salir de la nave, empuñando su pistola de rayos láser. Tras él, descendieron los ocho hombres que le acompañaban, empuñando sendos fusiles.

—Son nueve en total… —murmuró Fulvia.

—Muchos, ¿no? —dijo la princesa Tara.

—Pan comido, Tara —aseguró Stanko.

Gela sonrió.

—Sí, creo que podremos con ellos.

—Que nadie lo dude —dijo Dragan, preparando ya su fusil.

Stanko preparó también el suyo, mientras Fulvia y Gela echaban mano de sus respectivas pistolas de rayos cósmicos.

Phegor y sus hombres caminaban ya hacia la nave de Nopho, extrañados de que éste y sus compañeros no se hubieran dejado ver todavía, porque tenían que haberles oído llegar.

De repente. Dragan dejó oír su voz:

—¡Te saludo, rata!

Phegor dio un respingo y se volvió hacia las puntiagudas rocas, porque había reconocido la voz de Dragan.

—¡Meteor…!

—¡Nopho y sus compinches han muerto! ¡Les falló el plan, Phegor, y la princesa Tara está con nosotros!

—¡Malditos!

—¡Vosotros vais a morir también, Phegor! —habló Stanko—. ¡Este asteroide os servirá de cementerio a todos!

—¡Disparad! —ordenó Phegor a sus hombres—. ¡Acabad con ese par de bastardos!

Predicó con el ejemplo, ya que accionó su pistola de rayos láser mientras daba la orden de abrir fuego.

Sus hombres obedecieron, pero como tenían la desventaja de no hallarse a cubierto, fueron un blanco fácil para las armas de Dragan, Stanko, Fulvia y Gela.

El primer disparo de Dragan, fue para Phegor, a quien deseaba liquidar desde que supiera que había violado a Fulvia. El corpachón de Phegor reventó al recibir el poderoso rayo, pero aún recibió un segundo disparo, efectuado por la propia Fulvia, que deseaba vengarse de él por lo que hiciera con ella mientras la tuvo en su

local.

Phegor se desplomó, materialmente deshecho.

Sus hombres empezaron a caer también, destrozados por los disparos de Stanko, Gela, Dragan y Fulvia.

Los disparos de la gente de Phegor se estrellaron contra las rocas que protegían a Dragan y los suyos o se perdieron en el vacío, pero no causaron ninguna baja.

Cuando sólo quedaban dos con vida, echaron a correr hacia la nave de Phegor, pero Dragan y Stanko no permitieron que la alcanzaran y se protegieran en ella.

Eran dos ratas cobardes y debían morir, como los otros.

Y murieron.

Como había dicho Stanko, Zobo, les iba a servir de cementerio a todos.

Un asteroide tan siniestro como aquél, era la tumba ideal para tipos como Nopho, Lusig. Rubno, Dovo. Phegor y los ocho individuos que éste trajera consigo.

EPÍLOGO

La «Meteor-III» había despegado ya de Zobo y se dirigía a Odok, para devolver a la princesa Tara a los suyos, sana y salva, tal y como le prometiera Dragan a Hiram, el viejo y sabio consejero de Tara.

Para comunicarle la noticia de la liberación de la princesa. Dragan hizo una llamada a Odok, que fue inmediatamente atendida por Hiram.

—Misión cumplida, viejo amigo —informó Dragan, con una sonrisa de satisfacción.

Los ojos del consejero brillaron de alegría.

—¿Habéis rescatado a la princesa Tara, Meteor…?

—Sí, está con nosotros.

—¿Y se encuentra bien…?

—Perfectamente. Ella misma te lo confirmará.

Tara se colocó frente al visor de la pantalla y el consejero pudo verla en la suya.

—¡Princesa!

—Hola, Hiram —sonrió Tara, emocionada también—. Dragan ha dicho la verdad. Estoy bien, no he sufrido apenas daño. Los hombres que me raptaron pensaban causármelo, pero Dragan y Stanko llegaron a tiempo de impedirlo y dieron muerte a esos malvados.

—Me siento muy contento, princesa.

—Lo sé, mi fiel Hiram. Yo también estoy muy contenta. Y para celebrar mi liberación, quiero que organices una gran fiesta en palacio. Nada debe faltar. Deseo que Dragan, Stanko, y las dos mujeres que les acompañan, disfruten de verdad. Y que se queden en Odok una larga temporada.

—Me ocuparé de ello, princesa. Y será la mejor fiesta que jamás se haya dado en palacio —prometió el consejero.

—Estoy segura, Hiram.

Tara se despidió de su consejero y Dragan cortó la comunicación, preguntando:

—¿Es cierto que deseas que nos quedemos una larga temporada en Odok, Tara…?

—Naturalmente —asintió la princesa—. Vuestra presencia me hará muy feliz. Y a Hiram también.

—¿Qué dices tú, Stanko?

—Hombre, pienso que un descanso prolongado nos vendrá muy bien, Dragan —respondió el copiloto—. Si las chicas están de acuerdo...

—¡Por supuesto que lo estamos! —exclamó Fulvia, sin dudar—. ¿No es cierto, Gela...?

—¡Pues claro! —respondió la luchadora—. Y cuanto más tiempo nos quedemos en Odok, mejor. ¡Hasta que la princesa Tara nos eche de su palacio, vamos!

—En ese caso, no os iréis nunca de Odok —repuso la princesa.

Dragan, Fulvia, Stanko y Gela se echaron a reír, siendo rápidamente imitados por la hermosa Tara.

FIN